

AGOSTO 1967.

MONTHLY REVIEW

UNA REVISTA SOCIALISTA INDEPENDIENTE
SELECCIONES EN CASTELLANO

VIETNAM Y LA ELECCION DE 1968

AÑO IV

41

—*Los editores*

LAS REVELACIONES ACERCA DE LA CIA

H. H. Wilson

Relaciones raciales en 1967

NOTAS A LOS LECTORES

Los tiempos están turbulentos en América. Y como Monthly Review —Selecciones en Castellano— forma parte indisoluble con la política del continente, nuestra revista sufre también los embates del mal tiempo.

Mil doscientos ejemplares de cada número editado en Chile son enviados al exterior, en forma de suscripciones o de paquetes postales para nuestros distribuidores. Hasta el mes de mayo el correo argentino entregó normalmente las revistas a los puestos de periódicos, pero después los retuvo y notificó a los destinatarios que devolvería los paquetes con la revista a su lugar de origen.

El 1º de agosto un amigo y colaborador de MR llevó unos pocos ejemplares de Monthly Review en su equipaje, para entregarlos en Buenos Aires. Fue detenido por la policía de Mendoza y acusado de "introducir propaganda subversiva". Durante veinticuatro horas se le interrogó y allanó prolijamente para finalmente impedirle continuar viaje y obligarlo a regresar a Santiago.

Damos esta explicación a los lectores argentinos que acostumbraban adquirir la revista en los puestos de periódicos. Por el momento esto no lo podrán hacer. La mejor forma de recibir MR regularmente, es suscribirse, y ya muchos lectores argentinos lo están haciendo. La continua correspondencia que recibimos de ellos nos indica que la revista llega oportunamente a sus manos.

En estos días MR ha sido atacada varias veces desde el diario EL SIGLO de Santiago. El día 3 de agosto reprodujeron un cable de Londres "preparado" por la agencia ES (?) en que calificaron a Monthly Review como "una revista trotskista editada en los EE. UU.", y al día siguiente, en un recuadro editorial, criticaron las declaraciones de Paul Sweezy a Prensa Latina en Londres, quien, al ser interrogado sobre las actitudes de los dirigentes comunistas chilenos, dijo: "Yo me reuní con ellos en 1963, y me pareció estar hablando con "gentlemen" del Partido Laborista británico"... Pero el enojo de EL SIGLO no debe ser por esta frase, que en el fondo los halaga profundamente. El disgusto es por la forma en que la revista ha analizado en sus números 36 y 40, objetiva y correctamente, a la Revolución Cultural China. Las felicitaciones

(Pasa a la contratapa siguiente)

Una revista

socialista

independiente

dirigida por

Leo Huberman y Paul Sweezy

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

Nº 41

Agosto 1967

Año IV

INDICE

1. *Vietnam y las Elecciones de 1968*, por Leo Huberman y Paul Sweezy 3
2. *La teoría económica yugoslava*, por Ernesto Mandel 19
3. *Algunas reacciones a las revelaciones de la CIA*, por H. H. Wilson 33
4. *El día que los policías sonrieron*, por Alexander L. Crosby 37
5. *Las relaciones raciales en 1967*, por el Rev. Albert B. Cleage, Jr. 43
6. *Correspondencia: ¿Un nuevo Siglo de las Luces?*, por Bernard Edwin Galitz 47
7. *La promesa permanente: Una crítica de los libros sobre Vietnam de tendencia liberal*, por Hugh Deane 50

SUSCRIPCIONES

CHILE		EXTERIOR	
		Vía Simple	
COLABOR. (12 Nos.) . . .	Eº 60,—	Anual (12 Nos.)	US\$ 6,00
		VIA AEREA	
Anual (12 Nos.)	" 30,—	Anual América	" 10,00
Semestral (6 Nos.)	" 15,—	Anual Europa, Asia, Africa "	15,00

Monthly Review es una publicación mensual de Editorial M. R. Santiago-Chile. Director: Clodomiro Almeyda M. Editor y representante legal, Ernesto Benado R. Secretaría y redacción: Barros Errázuriz 1942. Correspondencia a: Casilla 5437, Editorial M. R. Santiago-Chile. La secretaria de redacción de la revista atiende de lunes a viernes. El Editor y el Director reciben a los suscriptores, lectores y colaboradores, todos los miércoles, de 19 a 21 horas.

VIETNAM Y LAS ELECCIONES DE 1968

por LEO HUBERMAN y PAUL SWEEZY

Desde el término de la tregua de Año Nuevo, la administración Johnson ha continuado una firme escalada en la guerra de Vietnam, y todo indica que muy pronto se tomarán medidas más drásticas en el mismo sentido. Se da por sabido en Washington, que este es el significado del tan alardeado retorno de Westmoreland a Estados Unidos. Es por eso que inmediatamente después del discurso de Westmoreland al Congreso, John Herbers informa desde Washington en esta forma:

Después del discurso de hoy del general William C. Westmoreland, hubo un acuerdo casi general entre los miembros del Congreso respecto a que la guerra en Vietnam sería probablemente intensificada.

Los críticos de la política militar del gobierno en Asia sudoriental dijeron, con resignación, que el objetivo aparente de la presentación del general era preparar el camino para una guerra más intensa...

El senador Fulbright dijo que él creía que el gobierno había traído al general Westmoreland para realizar una gira discursiva por el país y ante el Congreso, con el objeto calculado de "pavimentar el camino de la escalada".

"Los acontecimientos de las últimas semanas, la intensificación de los bombardeos y otros hechos, todo señala una guerra más amplia", expresó. "El general ha estado preparando el terreno..."

El representante de Carolina del Sur, L. Mendel Rivers, presidente del House Armed Services Committee, dijo que el discurso "separa a los adultos de los jóvenes". "Las inmortales palabras de Stephen Decatur, "mi país, con o sin razón", nunca fueron más ver-

daderas”, dijo. “Es demasiado tarde para averiguar si tiene o no razón.” (The New York Times, abril 29.)

En cuanto al momento de la cronología de la escalada, parece que difícilmente quedan dudas. Tom Wicker escribió el 27 de abril en su columna de “The New York Times”:

Todo esto (los indicios de la escalada) sólo puede significar que desde el fracaso de las conversaciones de paz, de enero y febrero, el presidente Johnson se ha embarcado en una gran jugada. Ha resuelto imponer una decisión militar sobre Vietnam del Norte en el continente asiático, y es probable que su plan haya sido acelerado en un esfuerzo por lograr el término de la guerra con bastante anticipación a las elecciones de 1968.

En otras palabras y planteándolo en forma descarnada, Johnson está dispuesto ahora a arriesgar decenas de miles de vidas vietnamitas y norteamericanas para mejorar sus chances electorales el año próximo. Desea recobrar su popularidad, restaurar su autoridad dentro del Partido Demócrata y asentar una reputación de gran estadista. Para lograr todo esto, necesita aparecer frente a sus votantes en 1968, como un vencedor cuyo juicio militar y político ha sido reivindicado.

¿Cuáles son las probabilidades de que dicha estrategia sea exitosa? Prácticamente nulas, por dos razones: 1) la guerra en el sur es una guerra revolucionaria que ha sobrepasado desde hace tiempo el punto en que podía ser “ganada” por las fuerzas contrarrevolucionarias; 2) Vietnam del Norte no puede ser invadido y ocupado (en la forma en que lo es hoy Vietnam del Sur) sin tomar en cuenta a China y sin arrastrar a la Unión Soviética a compromisos mucho más serios que los ya asumidos. Por una o por ambas razones, las esperanzas de Johnson de conducir la guerra a un fin próximo, están destinadas al fracaso. Vamos a analizar estos dos puntos más detalladamente:

1) “La guerra revolucionaria —escribe Eqbal Ahmad, quien ha observado y estudiado este tipo de guerra directamente en Argelia— requiere no solamente del descontento entre las masas,

sino también de una sensación de desesperación y de una firme determinación por poner fin a la injusticia y a la humillación. Requiere paciencia, sufrimiento prolongado, militancia y firme conspiración subterránea”.* En ninguna parte estas condiciones y cualidades han sido desarrolladas a tan alto nivel como en Vietnam. Los propósitos de la guerra revolucionaria son sólo parcialmente militares; su objetivo fundamental es aislar totalmente al viejo régimen de las masas del pueblo y comenzar simultáneamente la construcción de una sociedad nueva y justa. Una vez alcanzados estos objetivos, ningún esfuerzo militar concebible por parte de los contrarrevolucionarios, podrá restaurar “la ley y el orden”; lo más que podrían lograr, sería prolongar la lucha y entorpecer la consolidación del poder revolucionario. Durante el desarrollo de este proceso, las fuerzas contrarrevolucionarias pueden obtener algunas victorias puramente militares, pero lo que no se puede lograr es hacer revivir el pasado. “La revolución argelina —nos recuerda Eqbal Ahmad— estaba prácticamente aplastada desde el punto de vista militar, pero había triunfado políticamente cuando De Gaulle negoció la independencia”**. La revolución sudvietnamita había triunfado ya en 1954, como ha sido demostrado una y otra vez por el total fracaso de toda una serie de campañas de “pacificación” emprendidas por Diem y sus sucesores. También Westmoreland obtendrá, sin duda, victorias militares. Lo que no es concebible es que él y/o sus marionetas vietnamitas puedan poner fin a la lucha y mucho menos gobernar Vietnam del Sur.

2) Ya debería ser claro para todos aquellos que poseen algún

* Eqbal Ahmad, “Revolutionary Warfare”, en ALTERNATIVE PERSPECTIVES ON VIETNAM REPORT on an INTERNATIONAL CONFERENCE (The Inter-university Committee for Debate on Foreign Policy, P.O. Box 71, Ithaca, N. Y., pág. 52). El trabajo de Ahmad es un análisis extraordinariamente profundo y lúcido. El REPORT contiene también material muy valioso, especialmente “The Forgotten Element in the Vietnam Discussion: the Facts”, de Mortimer Graves, director ejecutivo emérito del American Council of Learned Societies, que en forma despiadada expone toda la maraña de mentiras que se han utilizado para justificar la agresión norteamericana en Vietnam.

** Ibid., página 51.

sentido histórico, que Vietnam del Norte no se rendirá frente a bombardeos. Hanoi, Haiphong y otras ciudades podrán ser arrasadas como lo fueron muchas ciudades alemanas o japonesas durante la segunda guerra mundial. Si así ocurriese, las ciudades serán evacuadas, y la vida social y la economía de Vietnam del Norte se verán reducidas a un nivel mínimo de subsistencia en el campo. Mientras tanto, mientras el bombardeo desde el aire produce resultados cada vez menores, sus costos se elevarán en la medida en que los aliados de Vietnam del Norte contribuyan a mejorar las defensas aéreas del país. Puesto que los bombardeos son estratégicamente un callejón sin salida, la administración Johnson, en su frenética búsqueda de una solución rápida, se verá más y más tentada a ensayar una invasión de Vietnam del Norte. Si sucumbe a la tentación, los norvietnamitas, obviamente no tendrán ya razón para no solicitar la ayuda directa de China, y los chinos tendrán toda la razón, tanto política como militar, para responder al requerimiento. Estados Unidos se verá entonces empujado a una guerra en vasta escala en el continente asiático, hecho contra el cual han sido enfáticamente advertidos por un buen número de distinguidos estrategas militares. En la situación actual no existe elemento nuevo alguno que haga hoy menos relevantes estas advertencias, de lo que fueron en el pasado. No es de extrañar, por tanto, que Walter Lippman exclame angustiado:

Una medida de cómo ha empeorado la situación, puede encontrarse en algunas observaciones hechas por el general Westmoreland la semana pasada (abril 9-15). Expresó que él no conocía mejor medio de ganar la guerra que "seguir desangrando" a nuestro adversario. El espectáculo de un comandante norteamericano comisionado por su gobierno para sostener una guerra de desgaste en el continente asiático, autorizado para realizar un trueque proporcional de vidas norteamericanas por vidas asiáticas, es una muestra elocuente de lo que ha sucedido al liderazgo militar y diplomático norteamericano en esta guerra. ¡Imaginad al general Mac Arthur, al general Eisenhower, al general Ridgway, al general Bradley; imaginad a cualquiera de los líderes militares y pensadores de nuestra historia colocados en una situación tal, que la defensa de la libertad del globo dependiera de

poner en la balanza vidas norteamericanas contra el potencial humano de Asia!"

Existen, por supuesto, aquellos que argumentan que si China entra en la guerra, Estados Unidos se sentirá con las manos libres para bombardearla. No hay duda. Pero si Vietnam del Norte no puede ser bombardeado hasta su rendición, ¿qué razón podría existir para que China pueda serlo, con sus 700 millones de habitantes dispersados sobre un área mayor que la de Estados Unidos? Lo que el general Gavin escribió hace más de un año, guarda hoy intacta su validez: "Intensificar los bombardeos y bombardear Hanoi —o incluso Pekín—, agudizará nuestros problemas en vez de aliviarlos".*

Sólo una conclusión es posible, y es que sin la retirada de Vietnam no hay para Estados Unidos forma alguna de poner fin a la guerra en ese país este año o el año próximo, o en ningún momento, en un futuro previsible. La estrategia de Johnson está condenada: sus posibilidades son presentar a los electores norteamericanos, en 1968, la imagen de un carnicero enloquecido, que por sus crímenes sangrientos y desatinos, sólo puede mostrar su fracaso.

Existe, por supuesto, una oposición a la estrategia de Johnson entre la clase dirigente de Estados Unidos y, presumiblemente, también existe una comprensión cada vez mayor de hacia dónde está conduciendo esta estrategia. ¿Qué fuerzas tiene y qué posibilidades hay de que esta oposición prevalezca?

Al buscar respuesta a esta pregunta, sería de valiosa ayuda revisar la historia de la política norteamericana de postguerra en Asia. Durante los primeros años que siguieron a la rendición de Japón, la clase dominante norteamericana estuvo sólidamente unida en torno a la política seguida en Asia. La piedra angular iba a ser la China de Chiang Kai-shek, que se esperaba poder con-

* "A Communication on Vietnam", enviada por el general James M. Gavin, HARPER'S MAGAZINE, febrero de 1966.

vertir en una combinación de la mayor y más lucrativa neocolonia del mundo y en el socio secundón en el control y explotación del resto del Lejano Oriente. Con el colapso del régimen de Chiang y el triunfo de la revolución china en 1949, se resquebrajó esta unidad de la clase dominante de Estados Unidos.

Comenzaron a emerger casi simultáneamente dos líneas principales: una, defendiendo una política "agresiva"* de ayuda a Chiang Kai-shek y una activa intervención militar de Estados Unidos en el continente; la otra, aconsejando una política más moderada de "esperar y ver". Al principio el grupo "progresivo" era reducido, contando primordialmente con militares y republicanos del ala derecha. En lo tocante a la mayoría de la "élite del poder", incluyendo a sus más prestigiosos generales, el súbito colapso de toda su política asiática los sumió en un estado de pasmosa confusión. Y por el momento se contentaron con seguir el consejo del famoso Libro Blanco sobre China, del Departamento de Estado (compilado durante el período de Dean Acheson), de "dejar que el agua corra".

Este período que duró cerca de un año, a partir de mediados de 1949, significó una marcada declinación en la suerte de los reaccionarios asiáticos. La administración Truman repudió públicamente el régimen de Chiang en Formosa; los rebeldes Huks obtuvieron algunos éxitos en Filipinas; la posición de Syngman Rhee, en Corea del Sur, se deterioró rápidamente. Los contrarrevolucionarios asiáticos y sus más cercanos aliados norteamericanos en el campo "progresivo", decidieron que las cosas se estaban tornando desesperadas, y que debería hacerse algo al respecto. En consecuencia, tendieron en Corea del Sur una trampa en la cual los norcoreanos cayeron fácilmente. El estallido de la guerra de Corea alteró la correlación de fuerzas de la noche a la mañana: la administración Truman invadió el continente asiático bajo la

* Nota del traductor: Se ha traducido la expresión "forward" policy por política "agresiva", aunque el sentido de esta expresión en castellano no corresponde exactamente.

cobertura de un mandato de las Naciones Unidas, y simultáneamente, cambió su política hacia Chiang Kai-shek. Al poco tiempo, John Foster Dulles, un republicano del ala derecha y uno de los artífices de la guerra de Corea, fue comisionado para negociar un tratado de paz con Japón, que proporcionaría la base para un nuevo Eje Washington-Tokio, para reemplazar el malogrado Eje Washington-Nankín. El grupo "progresivo" ahora en ascenso, obtuvo su más grande triunfo durante el otoño de 1950: la invasión de Corea del Norte por Mac Arthur, invasión que Truman y las Naciones Unidas se vieron obligados a avalar después que ya había sido iniciada.

Los chinos, sin embargo, no podían ser atemorizados tan fácilmente. Cuando las tropas de Mac Arthur se acercaron al río Yalú, los chinos contraatacaron duramente y la guerra de Corea entró en una fase totalmente nueva. Lo mismo ocurrió con la lucha política interna. Mac Arthur deseaba convertir su derrota ante los chinos, en un pretexto para llevar la guerra al interior de China. Ante esta perspectiva, Truman y sus asesores (incluyendo a los generales Marshall y Bradley) se aterrorizaron. Siguió un dramático ajuste de cuentas: Mac Arthur se había insubordinado deliberadamente; Truman lo exoneró de su cargo; Mac Arthur volvió al país para apelar ante el pueblo y sus representantes en el Congreso, pasando por sobre el presidente, pero fracasó.* El impulso del grupo "progresivo" fue detenido y Washington retornó hacia una política asiática más cautelosa.

La siguiente movida del grupo "progresivo" llegó con el inminente colapso de los franceses en Indochina. Esta vez fue Dulles, nuevo secretario de Estado, el organizador y el líder; dentro del gobierno contaba con el apoyo de figuras tan poderosas como el vicepresidente Nixon y el almirante Radford (presidente del Estado Mayor Conjunto). Su plan era intervenir militarmente en favor de los franceses, sabiendo perfectamente bien que eso signifi-

* Más tarde, después de su retiro, Mac Arthur aconsejó insistentemente contra verse comprometidos en una guerra terrestre contra China.

caría, dentro de muy poco, hacerse cargo de la guerra por entero. (Washington estaba pagando ya alrededor de los cuatro quintos del costo del esfuerzo francés en Indochina, y la situación política en Francia era tal, que el retiro de las tropas francesas era asunto primordial para cualquier gobierno que esperara mantenerse en el poder.) Pero el presidente Eisenhower, por urgente consejo del ejército, rehusó seguir adelante. Igual que en 1950, el grupo "progresivo" fue derrotado. Es digno de recordar hoy día lo que sobre este episodio dijo el general Matthew B. Ridgway, entonces jefe del Estado Mayor del Ejército, en sus memorias:

"En Corea hemos aprendido que el poder aéreo y naval por sí solos, no pueden ganar una guerra, y que fuerzas inadecuadamente localizadas, tampoco pueden ganarla. No podía creer que habíamos olvidado tan pronto esta amarga lección. Por lo demás, estuvimos a punto de cometer el mismo trágico error.

Gracias a Dios, aquel error no se repitió... La idea de intervención fue abandonada; y mi creencia es que el análisis hecho por el ejército y presentado a las altas autoridades, jugó un rol importante, tal vez decisivo, en persuadir a nuestro gobierno a no embarcarse en tan trágica aventura.

Como paso siguiente a su fracaso en llevar a cabo una intervención militar en el continente asiático, Dulles creyó necesario recurrir a métodos más cautelosos y tortuosos para realizar sus objetivos en Asia.* Una jugada clave fue concitar una alianza mi-

* Acerca de los objetivos como tales, ni se hizo misterio ni hubo disputas dentro de la clase dominante. Fueron sucintamente expuestos en el testimonio de Walter S. Robertson, secretario asistente de Estado para Asuntos del Lejano Oriente, de Dulles, en una audiencia ante el House Appropriations Committee, el 26 de enero de 1954. Las preguntas son hechas por el representante Frederic R. Coudert. Responde Robertson:

"P: ¿Entendí correctamente a usted decir que el nudo de la política actual hacia China y Formosa es que hay que mantener viva una constante amenaza de acción militar frente a China roja, en la esperanza de que en algún punto se produzca un trastorno interno?

R: Sí, señor; esa es mi idea.

P: Fundamentalmente, ¿no significa eso que Estados Unidos está intentando mantener por un período indefinido de años la dominación norteamericana en el Lejano Oriente?

R: Sí. Exactamente." (Citado en *THE OTHER SIDE of the RIVER*, de Edgar Snow, página 631.)

litar con el régimen de Chiang Kai-shek en Formosa, alianza que, por tanto tiempo como existiera, garantizaría la imposibilidad de cualquier acercamiento entre Estados Unidos y China. Otro paso fue construir, en el mismo año 1954, la Organización del Tratado de Asia Sudoriental (SEATO), que puso a tres países asiáticos (Pakistán, Tailandia y Filipinas) directamente bajo el ala militar norteamericana y que fue concebido de manera de proporcionar a Estados Unidos un aparente mandato internacional para "proteger" a los estados independientes sucesores de Indochina francesa (Laos, Cambodia y Vietnam), lo que había sido acordado en la Conferencia de Ginebra de 1954.

En lo que concierne a Indochina misma, la estrategia de Dulles fue crear un Estado títere separado en Vietnam del Sur, en evidente violación de los acuerdos de Ginebra, que afirmaban solemnemente la unidad de Vietnam, que Estados Unidos, en declaraciones públicas, había expresado no tener la intención de interferir. Dulles calculaba que un régimen similar al de Syngman Rhee, en Corea del Sur, podría establecerse fácilmente en Vietnam del Sur y mantenerse en el poder por medio de la generosa limosna de la asistencia militar y económica. Esto levantaría una barrera a la propagación del comunismo (o sea, de la revolución) y haría posible la consolidación del control de Estados Unidos sobre todo el área del sudeste de Asia. Que este era el objetivo real de la política norteamericana, había sido claramente establecido por el presidente Eisenhower cuando, como informa "The New York Times" de agosto 5 de 1953, sostuvo en una Conferencia de Gobernadores de Estados, que la "pérdida" de Indochina sería "de una significación terrible para Estados Unidos de Norteamérica, nuestra seguridad, nuestro poder y nuestra capacidad de conseguir las cosas que necesitamos de las riquezas de... Asia sudoriental".

Por esa época la oposición a esta política entre la clase dominante norteamericana, era insignificante, tan insignificante como había sido cuando se trató de sostener y confiar en Chiang Kai-shek al término de la segunda guerra mundial. Y tanto en uno como en el otro caso, y por la misma razón, el fracaso era inevita-

ble. El proceso revolucionario en Vietnam había ya traspasado el punto en que es posible un retorno: el pueblo vietnamita ya literalmente no podía seguir siendo gobernado por un régimen de explotadores, nacionales o extranjeros. Naturalmente, esta verdad no apareció a la luz del día repentinamente; en el hecho, transcurrió una década completa antes de que se produjera el colapso del régimen títere. Durante este período, se pudo ocultar, se pudo negar y se pudo explicar el constante debilitamiento del régimen de Ngo Dinh Diem y sus sucesores, y siempre podían ser exhibidas nuevas promesas de éxitos inmediatos en Washington y Saigón.* Pero la hora de la verdad no puede ser postergada para siempre: a mediados de 1964 los ejércitos títeres habían sido derrotados en batalla o dispersados; como una fruta madura, el poder estaba a punto de caer en los brazos abiertos del Frente de Liberación Nacional.

La hora de la verdad en Vietnam fue la hora de la decisión en Washington. Una vez más, como ocurriera en 1954, Estados Unidos tenía que elegir entre aceptar lo que ya en los hechos había ocurrido en el campo de batalla y lanzar sus propias fuerzas en un intento de torcer el veredicto militar. Esta vez, y no como en 1954, se tomó la decisión de norteamericanizar la guerra.

No se puede establecer claramente cuándo fue tomada esta decisión, pero es casi seguro que ocurrió antes del incidente del golfo de Tonkín, el 4 de agosto de 1964, obviamente cocinado por el Pentágono y usado por Johnson como pretexto para obtener del Congreso la aprobación de una Resolución Conjunta que el senador Morse, hablando ante el Senado el 5 de agosto, calificó correctamente como una "anticipada declaración de guerra".

¿Hubo dentro del gobierno alguna oposición a esta decisión? Si la hubo, nunca fue publicada y no pudo haber sido muy significativa. En 1954, el ejército del cual el general Ridgway era jefe de Estado Mayor, se había opuesto firmemente, como ya lo hemos

* Al respecto, ver el artículo de Hugh Deane, "The Permanent Promise: A Critique of the Liberal Books on Vietnam".

señalado, a la política "agresiva". En esta oportunidad, y contando con un oficial de ejército como jefe del Estado Mayor del Ejército y con otro oficial de ejército ocupando el puesto militar más alto como presidente del Estado Mayor Conjunto, no hubo, aparentemente, tal oposición. Y Johnson, contrariamente a la forma de actuar de Truman en 1952 y de Eisenhower en 1954, se unió a la línea "agresiva". (Cuando se conozcan los hechos, puede incluso resultar que fue su líder.) Aún en el Senado la oposición a la "anticipada declaración de guerra" fue extremadamente débil, y no contó con el senador Fulbright, presidente del Comité de Relaciones Exteriores, quien, desde entonces se ha transformado dentro del Senado, en el líder de la crítica a la política de escalada.

Tampoco hay razones para creer que exista una fuerte oposición en los círculos de la clase dominante fuera del gobierno. ¿Se ha operado algún cambio significativo dentro de esta situación durante los dos años y medio de continua escalada? Si así fuera, no hay mucha evidencia de ello. El círculo de los críticos dentro del Senado, ha crecido algo, pero continúa siendo estrecho. Ninguna figura militar de prestigio ha unido su voz a la de los generales Gavin y Ridgway, advirtiendo de los peligros de la expansión de la guerra en el continente asiático. Walter Lippman permanece como figura bastante aislada en el mundo periodístico, a pesar de que de vez en cuando parece que los columnistas de "The New York Times", James Reston y Tom Wicker, quisieran hacer algo más que plantearse preguntas. Se escuchan historias sobre oposición a la guerra en círculos de negocios, especialmente, se dice, entre los financistas de la costa este; no tenemos razones para dudar de que exista tal oposición, pero hasta aquí ha sido tan discreta y privada, que no es posible dar datos sobre su expansión e intensidad. Basándose en el conocimiento público, hay que llegar a la sola conclusión de que la clase dominante norteamericana aprueba en general la política de guerra de Johnson.

Se puede ir más lejos y afirmar que incluso aquellos elementos dentro de la clase dominante que no aprueban la política de Johnson, no desean proponer o no pueden proponer una alternativa que

ofrezca mayores posibilidades de éxito (éxito medido naturalmente, desde el punto de vista de la clase dominante). La única manera de finalizar la guerra, repetimos, es que EE. UU. se retire y deje Vietnam a los vietnamitas. La lucha proseguirá a menos que se produzca o hasta que se produzca el retiro de los norteamericanos o que en tal sentido se den seguridades en términos que satisfagan a un pueblo que ha sido groseramente defraudado y engañado por promesas anteriores. Por otra parte, el senador Mc Govern, en un reciente discurso en el Senado, en el que describió elocuentemente el horror y la desesperanza de la carrera de Johnson, creyó necesario destacar que en ninguna de las críticas del Senado a la guerra, se había abogado por la retirada de Estados Unidos.

Sobre esta base es que se debe evaluar la probabilidad, ahora en abierta discusión, de que los republicanos presenten un candidato antiguerra en 1968. No discutimos que existe la posibilidad de un tal candidato o de que éste tendría buenas expectativas de éxito electoral. La guerra de Vietnam es cada vez más impopular, y la suerte política de Johnson está indisolublemente ligada a ella. Será derrotado en forma relativamente fácil el año próximo, y un candidato pro paz tendrá probablemente la mejor opción para dar vuelta la tortilla. El Partido Republicano está muy consciente de todo este estado de cosas, y se está preparando para capitalizarlo (como se desprende del "Libro Azul" sobre Vietnam, editado por el Comité Político Republicano del Senado el 1º de mayo, al que se dio gran publicidad), al mismo tiempo que varios aspirantes a candidatos —entre los que se destacan el senador Percy, de Illinois, y el alcalde de New York, Lindsay— están tratando de hacerse una plataforma como oponentes a la guerra.

Lo que no está claro, sin embargo, es si un republicano en la Casa Blanca pueda significar mucha diferencia, independientemente de con qué plataforma pudo ser elegido. Recordemos que Johnson hizo su campaña como candidato pro paz en 1964, y escaló rápidamente la guerra. La explicación, puesta en sus términos más simples, es que el complejo militar-industrial en Washington y a

través del país, deseaba una guerra más amplia y no hubo una oposición seria de parte de sectores significativos de la clase dominante. Si esta situación hubiera cambiado realmente, un presidente republicano podría ser capaz de desescalar o, por lo menos, estudiar las posibilidades de encontrar una forma aceptable de retirada de Vietnam. Pero si, como parece indicar nuestro análisis, no ha habido un viraje significativo en la correlación de fuerzas dentro de la clase dominante, un candidato pro paz en 1968 no tendrá más significación que la que tuvo la candidatura de paz de Johnson, en 1964.

Por supuesto, las cosas pueden cambiar de manera de enfocar las elecciones de 1968 en un plano diferente. Ya una vez, durante 1951-1952, los defensores de la política "progresiva" en Asia, a pesar de sus ínfulas, fueron incapaces de alcanzar lo que era entonces su máximo objetivo: la extensión de la guerra de Corea dentro de China. Paradojalmente, lo que frustró su iniciativa fue la acción militar decidida de los chinos. Una situación similar podría presentarse en Vietnam si la administración Johnson se decide a invadir el norte. Confrontados una vez más con la realidad de una guerra continental con China, un sector poderoso de la clase dominante podría desear retirarse, como lo hizo en 1952. En ese caso, las elecciones de 1968 pueden resultar el campo de batalla para resolver una genuina lucha dentro de la clase dominante.

A pesar de que eso pueda ocurrir, para nosotros es de diáfana claridad que aquellos que realmente están por la paz y no simplemente contra aquellas guerras que Estados Unidos puede perder, se alinearán escrupulosamente al lado de la política electoral de la clase dominante. Toda la historia del período de postguerra, prueba que ningún sector de la clase dominante norteamericana se opone a imponer la dominación de Estados Unidos sobre la parte más amplia posible del mundo; difieren solamente en la definición de "más amplia posible" en cualquier momento dado. Y si, cosa que parece ahora absolutamente improbable, llegara al poder un grupo que propicia la retirada de Vietnam, sus propósitos serían solamente conservar el poderío norteamericano para usarlo

más efectivamente en alguna otra parte contra los pueblos que están luchando por su liberación y por el derecho a decidir sus propios destinos.

Un movimiento por la paz digno de ese nombre en Estados Unidos, tiene que ocupar su lugar al lado de los pueblos combatientes y no alinearse con esta o la otra fracción de la clase dominante cada vez que se aproxima una elección. Y al mismo tiempo que promover agitación —y hacer claridad— contra toda guerra, su objetivo primordial debe ser cambiar el carácter de Estados Unidos de agresor imperialista, instigador y factor de guerras que es en la actualidad, en una nación genuinamente pacífica, que respete el derecho de otras naciones a trazar su propio futuro.

A la larga, este objetivo primordial puede alcanzarse solamente a través de una profunda revolución social, hecho que está llegando a comprender el nuevo movimiento progresista de la década del 60. Lo que no significa que nada puede hacerse ahora. Hasta que podamos cambiar el sistema, nuestra meta principal debe ser debilitarlo, reducir tanto como sea posible su capacidad de lanzar guerras de agresión contra otros pueblos. Y eso a su vez significa hacer todo lo posible por despojarlo de su fuerza humana militarizada, sin la cual todos sus aparatosos aviones, bombas y fusiles, no son más que chatarra.

Los efectivos reales del movimiento de paz, son mucho más reducidos que los cientos de miles de manifestantes que desfilaron en New York y San Francisco, el 15 de abril.

Pero su potencial es muchísimo más grande. Consiste, en primera instancia, en aquellos que valientemente rehusaron la conscripción militar o se negaron a ir a Vietnam, y luego y detrás de éstos, en aquellos que en diversas formas alientan estos actos de desafío y resistencia. De este movimiento de desafío y resistencia, las figuras notables son Muhammad Alí, Stokely Carmichael y Martin Luther King, Jr. No es accidental que todos ellos sean negros, ya que el imperialismo de Estados Unidos no solamente explota y oprime a los negros norteamericanos, sino que cínica-

mente los utiliza como mercenarios para oprimir y explotar a los pueblos de color a través del mundo.

En cuanto al poder potencial de este todavía pequeño movimiento de resistencia al servicio militar, bastará citar dos artículos publicados recientemente en "The New York Times". El primero, firmado por Tom Wicker, apareció el 2 de mayo, bajo el título "In the Nation: Muhammad Alí and Dissent". Preguntando: "si un gran número de estos disidentes simplemente rechazara el servicio militar, ¿qué podría hacer el gobierno de una democracia?" Wicker prosigue:

Cien mil Muhammad Alís, por supuesto, pueden ser encarcelados. Pero si la administración Johnson tuviera que procesar a 100.000 norteamericanos a fin de mantener su autoridad, su poder real de proseguir la guerra de Vietnam o cualquier otra política, se vería mutilado, si no destruido. El gobierno se vería entonces enfrentado no a disidentes, sino a un fenómeno de desobediencia civil en una escala que puede desembocar en revuelta.

¿Existe alguna posibilidad de que se desarrolle un movimiento de resistencia de tal magnitud? Quizás la columna de Reston, del 5 de mayo ("Washington: Compromise on the Military Draft"), nos señale algún indicio para encontrar una respuesta. Según Reston, una de las razones por las que el Comité de Servicios Armados del Senado evadió defender el término de las postergaciones de reclutamiento para los estudiantes no graduados, es que "podría transformar la oposición dentro de las ciudades universitarias en una crisis nacional". Y continúa:

Los oficiales discuten este último punto muy cautelosamente; pero el discutirlo, ya es un hecho. La oposición a la guerra de Vietnam en las universidades, es ya un factor de turbación y de irritación para el gobierno. Existe aquí (en Washington) un temor real de que la abolición de todas o de la mayor parte de las postergaciones de reclutamiento, acordadas a los estudiantes, podría conducir a un desafío masivo por parte de los no graduados. Se estima aquí que si los estudiantes superiores fueran llamados a las filas como cualquier otro joven de diecinueve años, alrededor del 25% rehusaría el servicio.

Los temores de Washington pueden ser exagerados, pero sea este o no el caso, apuntan claramente al talón de Aquiles del imperialismo norteamericano. Y nos dan el derecho a esperar que en Estados Unidos se pueda aún desarrollar el movimiento pro paz más efectivo de nuestro tiempo.

LA TEORIA ECONOMICA YUGOSLAVA

por ERNESTO MANDEL

Ernesto Mandel es el autor del muy conocido "Traité d'Economie Marxiste" (dos volúmenes), cuya versión traducida al inglés, será publicada por MONTHLY REVIEW en el curso de este año.

El socialismo yugoslavo ha adquirido rasgos específicos no sólo en la práctica sino también en la teoría. En la práctica, es una combinación singular de autogestión obrera, uso extensivo de mecanismos de mercado y hermético monopolio político del poder por parte de la Liga Comunista de Yugoslavia. En esta combinación pueden reconocerse fácilmente el aspecto positivo (mayor iniciativa de los obreros y un marco más amplio de libertad ideológica) y el aspecto negativo (aumento de la desigualdad social, abandono creciente de la planificación central). En el plano teórico, es más difícil captar estas peculiaridades, porque los líderes yugoslavos acostumbran formular las ideas en forma vaga y apresurada, lo que dificulta la tarea de lograr cristalizar una tendencia ideológica definida (quizás sea ésta, precisamente, la intención por la cual se expresan de ese modo. Por eso debe saludarse la aparición, en inglés, de la obra de Branko Horvat, "*Hacia una teoría de la economía planificada*" *. Con ella tenemos, al fin, un

* Branko Horvat, "Towards a Theory of Planned Economy". Instituto Yugoslavo de Investigación Económica, Belgrado, 1964.

intento de formulación de una teoría económica yugoslava completa, de carácter por lo menos semioficial.*

Branko Horvat empezó su carrera durante la década de 1950, como un economista oficial del Partido Yugoslavo. Pero también obtuvo un doctorado en economía en la Universidad de Manchester; fue catedrático en la escuela de postgraduados del Instituto de Estudios Sociales de La Haya (Holanda) y actuó como presidente del Grupo de Trabajo del Comité de Desarrollo Industrial de las Naciones Unidas. No es exagerado decir de él que es más un partidario de la tesis del bienestar económico de la escuela de Cambridge que un marxista. Este diagnóstico lo confirma su propia obra *Hacia una teoría de la economía planificada*.

La teoría marxista tradicional parte del supuesto de que la construcción de una sociedad socialista implica un agostamiento de la producción de mercancías y de los mecanismos de mercado. Es cierto que la mayoría de los teóricos marxistas han reconocido siempre que es imposible la supresión artificial del mercado inmediatamente después del derrocamiento del capitalismo. Siempre han considerado que durante el período de transición del capitalismo al socialismo (o, como lo formulan otros, aun durante la "primera etapa del socialismo") sobrevivirán algunas formas de mecanismos de mercado. Estuvieron dispuestos a aceptar que la planificación podía utilizar estos mecanismos de mercado a fin de lograr una mayor eficacia. Pero lo que de un modo u otro ha estado siempre en la base de su pensamiento es el supuesto de que, históricamente, hay una incompatibilidad definida entre el socialismo —o, dicho de otra manera, entre una sociedad sin clases, con un alto grado de igualdad social y eficacia económica— y la producción de mercancías.

Esta convicción se apoya en dos bases fundamentales. La producción de mercancía engendra, inevitablemente, desigualdad so-

* Branko Horvat es director del Instituto Yugoslavo de Investigación Económica, miembro del Consejo Económico del gobierno federal yugoslavo y del Colegio Directivo del Departamento Federal Yugoslavo para la Planificación Económica.

cial (y Lenin iba todavía un paso más allá cuando en repetidas ocasiones afirmaba que la simple producción de mercancías reproduce inevitablemente la acumulación primitiva de capital, es decir, es un capitalismo potencial). La producción de mercancías también produce inevitablemente un despilfarro de recursos económicos, lo que es incongruente con el objetivo de incrementar al máximo el producto y el ingreso social.

Puede haber gran desacuerdo entre las distintas corrientes de pensamiento o tendencias políticas dentro del movimiento socialista tradicional, respecto a la magnitud de la producción de mercancías y la extensión de los mecanismos de mercado que serían inevitables durante las distintas etapas del período de transición del capitalismo al socialismo. Algunos pueden pensar que es utópico introducir la propiedad social de los medios de producción y la planificación centralizada en una agricultura que todavía encuentra su base principal en la simple producción de mercancía en las granjas. Otros, por el contrario, pueden pensar que es utópico concebir una economía centralmente planificada cuando todavía predomina en el país la producción de mercancías y la propiedad privada. Son bien conocidas las discusiones sobre problemas de este tipo en la historia del Partido Comunista soviético desde la mitad de la década de 1920 hasta principios de la década de 1930. Pero, cualesquiera hayan sido las diferencias surgidas entre estas escuelas de pensamiento y acción, ambas coincidían en el carácter socialmente objetable de una economía de mercado, aunque ésta fuese un mal necesario durante un período largo.

La socialdemocracia europea occidental rompió con esta concepción algún tiempo después de la Segunda Guerra Mundial y empezó a concebir la economía de mercado como básicamente sólida y deseable. En el programa de Godesberg la socialdemocracia alemana lanzó la fórmula: "Tanta competencia cuanto sea posible; planificación sólo cuanto sea inevitable". Pero es difícil eludir la conclusión de que la socialdemocracia de Europa Occidental revisó la actitud socialista clásica hacia la economía de mercado sólo en la medida en que rechazó totalmente la actitud clásica frente

al capitalismo y socialismo. De hecho, ahora la socialdemocracia admite abiertamente su integración en la sociedad burguesa. Su ideal en la actualidad es un capitalismo que fluya suavemente, expurgado sólo de sus calamidades más notorias: el estado de bienestar. De ello se desprende que la antítesis clásica entre economía de mercado y sociedad sin clases está totalmente confirmada por la opción de los socialdemócratas en favor de la economía de mercado, cuya contrapartida es un franco rechazo del concepto de una sociedad sin clases.

Los comunistas yugoslavos son los primeros que intentan revertir esta antítesis. Para ellos, la economía de mercado no es necesariamente nociva durante el período de transición entre el capitalismo y el socialismo; sino que debe mantenerse aún después de finalizada la construcción del socialismo. Algunos de ellos todavía arguyen que la producción de mercancías eventualmente se desvanecerá "bajo el comunismo". Pero, de hecho, son inconsistentes. Los teóricos más coherentes, como Horvat, conciben con osadía, una sociedad comunista con pleno florecimiento de la producción de mercancías.*

Es evidente el origen pragmático y apologético de esta concepción. Lo que realmente interesa a los teóricos yugoslavos es explicar y justificar lo que está ocurriendo en su propio país. Porque, o no tienen conciencia de las implicaciones teóricas a largo plazo de esas justificaciones o, francamente, las desprecian. Este

* A fin de sostener esta concepción, Horvat debe revisar completamente la teoría de Marx acerca de la distribución en el comunismo, defendida coherentemente desde "La ideología alemana" hasta la "Crítica al programa de Gotha". Horvat acepta la clásica crítica burguesa a las normas marxistas, al afirmar que "las necesidades o deseos de los seres humanos son ilimitadas (sic), por lo que el comunismo marxista aparece como obviamente imposible (p. 132)". Porque para la concepción de Horvat de una sociedad comunista en la que la "igualdad" existiría a la par de una economía monetaria generalizada y una producción generalizada de mercancías, no hay como la sociedad yugoslava actual, aunque con un nivel algo superior de desarrollo económico. Es fácil ver cómo la falta de imaginación social del autor o su incapacidad para concebir un tipo de sociedad distinto de aquella en la que vive, es una forma típica de inhibición ideológica o de alienación cuyas raíces, por supuesto, son apologéticas.

no es el único rasgo común entre la teoría yugoslava actual y la teoría soviética en la época de Stalin.

No es difícil descubrir cuáles son los orígenes de los intentos yugoslavos para revestir a la economía de mercado de una respetabilidad socialista. Después de la excomunión de Yugoslavia del Cominform, en 1948, y del bloqueo económico de Stalin contra el país, la preocupación central de los teóricos yugoslavos era explicar esta actitud totalmente no socialista y no fraternal de los gobernantes de la URSS hacia su país. Este problema los condujo directamente a una crítica social del Estado y la economía soviética. Llegaron a la conclusión de que la planificación administrativa centralizada fortalece inevitablemente a la burocracia; de que esta burocracia, al disfrutar de un monopolio *de facto* de la disposición del excedente del producto social, debe dominar inevitablemente a todos los sectores de la vida social; y de que tal monopolio burocrático del poder se transforma cada vez más en un impedimento en la evolución progresiva hacia una sociedad socialista (así como, incidentalmente, en un obstáculo al máximo crecimiento económico).

El argumento yugoslavo era y sigue siendo el siguiente: a fin de evitar dichos peligros debe atacarse la raíz del mal, la planificación centralizada por medios administrativos. Para evitar que la burocracia estrangule a la sociedad socialista, deben ponerse en movimiento, por todas partes, procesos de auto-gestión de los productores y auto-gobierno de los ciudadanos. Pero la auto-gestión de las unidades económicas sólo puede ser real si se les permite retener la mayor parte posible del excedente social que producen. Dichas unidades sólo pueden lograrlo escapando al máximo del control administrativo directo por parte de las autoridades de planificación. De aquí que la máxima autonomía y competencia entre las unidades económicas y el uso máximo de mecanismos "elásticos" de mercado por las autoridades planificadoras, se convierten en las características principales del "modelo" ideal de una economía socialista: "a fin de evitar los males del burocratismo... la iniciativa y la responsabilidad deben transferirse hacia abajo y

mantenerse juntas al lugar del trabajo directo. En consecuencia, la empresa, personificada por el *kollektiv* laboral, se convierte en la unidad económica básica (la que toma las decisiones) en una economía planificada eficientemente". (Horvat, p. 225).

Desde un punto de vista sociológico, la debilidad fundamental de la teoría de Horvat es la carencia total de una definición o descripción precisa de la burocracia. En algunos puntos parece haber heredado el viejo tipo de razonamiento estaliniano, el cual simplemente identifica "burocracia" con "los hábitos de aquellos que están acostumbrados a dirigir tras un escritorio". Este concepto es inadecuado, y hasta ridículo. En otras partes, habla fugazmente de "los intereses de la burocracia como grupo social" (p. 86), pero no elabora este concepto ni lo integra en un análisis general de la burocracia.

Pensamos que desde un punto de vista marxista y en una sociedad que emerge del derrocamiento del capitalismo, sólo puede definirse a la burocracia como "la suma total de todos aquellos elementos y estratos que gozan de privilegios materiales sin ser propietarios privados de los medios de producción". Aceptada esta definición podemos descubrir inmediatamente la fatal debilidad del análisis de Horvat. Lo que él no ha demostrado, y no puede demostrar, es que la planificación centralizada por medios administrativos sea la principal o única vía de fortalecimiento de la burocracia en el período de transición del capitalismo al socialismo.

Su única tesis —obvia hasta el punto de ser una tautología—, es que la planificación centralizada por medios administrativos es la fuente principal de una burocracia *central*. Pero de ello no se desprende en absoluto que la descentralización creciente y la sustitución de la planificación por mecanismos de mercado puedan, de algún modo, evitar que surjan *tipos y estratos burocráticos* aparte de los funcionarios de los departamentos centrales de planificación o ministerios "industriales".

De hecho, hay todas las razones para esperar lo contrario. El incremento en el uso de mecanismos de mercado debe conducir a una *desigualdad creciente* —desigualdad entre plantas de una mis-

ma industria; entre distintas ramas industriales; entre trabajadores de distintas regiones, y entre trabajadores y personal directivo en general. Estos supuestos de la teoría socio-económica están totalmente confirmados por la evolución real de la sociedad yugoslava durante los últimos diez años, la que ha mostrado una creciente desigualdad de ingresos entre las distintas repúblicas, entre trabajadores y administradores y en el seno mismo de la clase obrera. Por lo tanto, y apoyados en los hechos, llegamos a la conclusión de que el uso creciente de los mecanismos de mercado *fortalece la burocracia al nivel de las fábricas y las comunas*, de la misma manera como la planificación supercentralizada por medios administrativos la fortalece a nivel nacional.

El razonamiento económico de Horvat no es más válido que su razonamiento sociológico. El se manifiesta partidario de la "fijación de precios a costo completo" en cuanto opuesta a la "fijación marginal de precios". Utiliza como "principio-rector" un lugar común —"el precio debe fijarse de modo que iguale la demanda con la oferta"— (p. 30) y luego salta a una conclusión de relativo largo alcance: "Teniendo en cuenta en la medida que el modelo institucional asegura una identidad de intereses entre la firma y la comunidad, las ganancias se convierten en un instrumento para lograr una corrección continua de las posibilidades productivas que se orientan a la obtención del máximo de eficiencia económica" (p. 30). Los consumidores "ejercitan su libertad de elección dentro de las restricciones impuestas por sus ingresos y sus escalas de preferencias. Esto es suficiente para determinar el sistema de precios... Siguiendo la regla de maximización de los beneficios, las industrias de bienes de consumo combinan su ingreso de la manera más económica y de este modo transmiten las elecciones de los consumidores hacia las industrias de bienes de producción; estas últimas, además, se las transmiten entre sí y a las industrias de bienes de consumo. De este modo se está determinando en forma continuada la total estructura precio-producto de la economía" (p. 31).

Horvat —¡después de todo un comunista yugoslavo!— acep-

ta sólo un límite en esta imitación casi increíble del ilusorio mercado "perfecto" de los liberales burgueses y este límite es el papel del departamento central de planificación como ajustador periódico de los precios (para prevenir enredos explosivos en caso de seguirse puramente los ajustes de mercado) y como corrector de la "irracionalidad" de los consumidores (prohibición de drogas y licores; subsidios para la impresión de libros; educación obligatoria y servicio médico gratuito). Lo que resulta se parece más a un estado burgués de bienestar que a una economía socialista.

Horvat supone que las ganancias de las unidades productivas autónomas autodirigidas pueden convertirse en un instrumento para lograr una corrección continua de las opciones productivas orientadas a la obtención de una máxima eficiencia económica. Pero este supuesto básico es irreal e irrealizable.

Dado que el ingreso de la firma (y sus trabajadores) depende en gran medida de los beneficios obtenidos por la firma mediante la competencia, es *imposible* asegurar una "identidad de intereses de la firma y de la comunidad". Porque el interés de la firma es, obviamente, la maximización de los beneficios de la *firma* y esto de ninguna manera es idéntico a la maximización del ingreso nacional o el bienestar social.

En los casos en que la firma disfruta de una posición monopolística o cuasi-monopolística, ella tenderá a elevar sus precios de venta, con lo que podrá "igualar la oferta y la demanda" a expensas de la satisfacción del consumo de cientos o millones de ciudadanos. En los casos en que hay una o pocas unidades grandes y una cantidad de unidades pequeñas en la misma rama industrial, la competencia y la cooperación (¡el liderato de los precios!) conducirán rápidamente a una situación semejante a la de la industria monopolizada. En casos en que las unidades de producción son muchas y sólo de tamaño mediano, la competencia violenta tenderá a fijar los precios en un punto que obligará a muchas unidades a colocarse fuera del mercado, lo que acarrea pérdidas en maquinarias costosas y desempleo en gran escala. En casos en que la maximización de los beneficios de la firma la lleva a exportar toda o

la mayor parte de su producción, ello puede conllevar a la falta de materia prima o de equipos para otras firmas, obligando a estas últimas a operar a bajos niveles y acarreando enormes pérdidas de ingreso y de producto social.

De hecho, dado el modo en que ha operado en realidad la economía yugoslava, por lo menos en los últimos años, pueden citarse ejemplos concretos de todas las variedades de comportamientos antes enunciadas. Donde quiera que examinemos resulta, como balance, una enorme cantidad de recursos dilapidados o subutilizados o empleados en forma socialmente ineficiente. Puede discutirse si este desperdicio es globalmente mayor o menor que el de una economía supercentralizada del tipo staliniano. Pero parece evidente que ambas implican un enorme despilfarro de recursos.

Mas esto no es todo. Aunque Horvat menciona de paso que la "igualación de la oferta y la demanda" gracias a los mecanismos de mercado significa que los consumidores ejercen su "libertad de elección dentro de los límites de su ingreso", no extrae de ello ninguna conclusión. Pero las conclusiones son más bien importantes. Si los consumidores tienen distintos ingresos, gastan su dinero en proporciones distintas en bienes y servicios diferentes. En consecuencia, cuando las industrias de bienes de consumo transmiten simplemente las "elecciones de los consumidores" a las industrias de bienes de producción —en otras palabras *cuando la inversión está dirigida básicamente por la demanda efectiva*— la estructura total de la industria deberá adaptarse a aquella distribución desigual del ingreso. Los bienes de consumo de lujo deberán producirse antes de que satisfagan las necesidades de bienes básicos para las capas más pobres de la sociedad. Habrá sobreproducción de lavadoras antes de que cada hogar tenga un buen par de zapatos para el invierno. La inversión tenderá a concentrarse en las regiones más ricas a expensas de las más pobres, del mismo modo en que tenderán a satisfacerse de los ingresos altos antes que las necesidades de los más bajos. Hasta las modestas "prioridades sociales" que todavía defiende Horvat estarán sujetas a deterioro. Después de todo, los licores pueden encontrar una "demanda efectiva" mayor que los

libros de sociología o filosofía, para no hablar de los libros de texto marxistas; así, las firmas encontrarán beneficioso incrementar la producción de licores en forma excesiva. La autonomía financiera de las unidades constructoras llevará a "alquileres económicos", es decir, a un monopolio de las construcciones modernas y cómodas para la burocracia, debiendo volver los obreros a los conventillos o poblaciones marginales. El principio de un servicio médico gratuito también chocará con el mismo principio de "autonomía financiera" y se le irá gradualmente desconociendo. Las mismas editoriales subsidiadas tenderán a producir cada vez más libros de tiras cómicas y novelas policiales, porque las "elecciones de los consumidores" dictan tales decisiones.*

Horvat intenta argumentar que el mecanismo del interés, por sí solo, debe dirigir la inversión. La única reserva que formula explícitamente es el caso de las nuevas industrias. Argumenta que "en la medida en que pueden evitarse las fluctuaciones de los precios, también pueden evitarse las ganancias inesperadas y las pérdidas inmerecidas... Y en la medida en que se logra estabilidad, los beneficios y pérdidas de las empresas dependerán de las contribuciones productivas de los *kollektivs*" (p. 119).

Esto se aproxima a un clásico *non sequitur*. En la medida en

* Nos hemos limitado deliberadamente a las condiciones puramente económicas del modelo de Horvat. Pero puede demostrarse con facilidad que las contradicciones sociales, políticas y morales no son menos devastadoras para una sociedad socialista. La generalización e idealización de la producción de mercancías y de las relaciones de mercado, implican el reconocimiento de los valores monetarios como valores supremos de la sociedad ("todo tiene un precio", conduce rápidamente a "todos tienen un precio"). Perseguir el enriquecimiento individual, se convierte en el ideal universal de todos los miembros de la comunidad. Esto, a su vez, implica una feroz competencia individual en todos los campos del comportamiento social a expensas de la solidaridad y la cooperación. En una atmósfera como esa deben desarrollarse y difundirse, inevitablemente, los fenómenos de la corrupción, la prostitución, la venalidad de la pluma y del espíritu, la pérdida creciente de ideales sociales y del idealismo de la juventud. Seguirá siendo un misterio cómo Horvat puede creer que la alienación del trabajo puede desaparecer en condiciones de una economía mercantil y monetaria universal, siendo que para Marx la producción de mercancías es, precisamente, una de las raíces principales de la alienación. ¡Ni hablar de los "trabajadores desalienados" que se encuentran de pronto desempleados y sin ningún recurso!

que se logra estabilidad, los beneficios y las pérdidas dependerán de la *productividad inicial relativa de las firmas*, combinada con las contribuciones productivas de los *kollektivs*. Esto significa que los *kollektivs* que han sido dotados de una alta productividad por accidentes de origen o de fusión, por las migraciones engendradas por la guerra y la revolución, por los desórdenes causados por la industrialización y el éxodo desde el campo; pueden, desde la *partida* —y sin ningún mérito inicial de su parte!— esperar obtener ingresos más altos que los *kollektivs* que han sufrido una discriminación desfavorable por dichos accidentes. Esto significa que algunos *kollektivs* reciben importantes ingresos inmerecidos (resultantes de inversiones anteriores) al mismo tiempo que aumentan las pérdidas de otros. Dado que un alto nivel de consumo normalmente estimula la productividad y dado que los *kollektivs* más ricos pueden darse el lujo de disponer de más empleados con tiempo libre para cursos de superación, estas "ganancias" y "pérdidas" de los *kollektivs* más ricos y más pobres tenderán, inevitablemente, a devenir acumulativas. Así, al término del modelo de Horvat encontramos nuevamente una tendencia al aumento de la desigualdad social.

Por último, el mismo Horvat argumenta convincentemente que "la distribución más igualitaria del ingreso congruente con el máximo de producción (es) la distribución óptima" (p. 124). Ya se ha visto que este modelo no determina la distribución más igualitaria del ingreso. ¿Pero, conduce, por lo menos, al ordenamiento óptimo para la maximización del producto? Aquí, nuevamente, no podemos seguir a Horvat. A fin de compartir su optimismo, uno debe suponer que las firmas que ofrecen *ex ante* las tasas más altas de ganancia sobre los créditos que solicitan, en cierto modo automáticamente también producen *ex post* los incrementos más altos del producto e ingreso nacional. En este supuesto se halla implícita la ingenua hipótesis de que el producto nacional máximo resulta de la suma total de los intentos individuales de cada firma para maximizar su producto y su beneficio. En realidad, esta hipótesis es incorrecta; y el mayor progreso que permite la planifi-

cación socialista en comparación con la "libre empresa" reside, precisamente, en su capacidad para proveer a la maximización del producto y el ingreso *a nivel nacional*, lo que muy bien puede acarrear pérdidas deliberadas (subsidios) a varias firmas individuales.

Más aún, también parece nada realista la idea de que los supuestos *ex ante* y los resultados *ex post* ternarán coincidiendo bajo la presión de los esfuerzos para maximizar los beneficios. La tasa de ganancia anticipada resultará de la suma total de las condiciones concretas en las cuales la firma se ve obligada a demandar crédito adicional, estará influenciada por las expectativas monopolísticas y cuasimonopolísticas antes descritas y estará a menudo influenciada por la información incompleta y los supuestos incorrectos acerca del comportamiento de las otras firmas que son inevitables en condiciones de competencia y autonomía de inversión.

Por lo tanto, estamos convencidos de que para lograr los propósitos de obtener el máximo posible de igualdad social y los propósitos de maximización del producto y del ingreso en escala nacional, la igualdad entre la oferta y la demanda deben buscarse *a priori* por medio del plan central, y no *a posteriori* a través del mercado. Esto es válido para todos los bienes y servicios que se distribuyen gratuitamente a los consumidores, para todos los bienes y servicios respecto a los cuales se considera como prioridad social el alcanzar rápidamente ciertos niveles promedio de consumo, así como para los principales medios de producción. Por lo tanto, creemos que todos los proyectos de grandes inversiones deben ser determinados centralmente y que esto implica, en gran medida, precios de equipamiento "administrados". La planificación central debe utilizar los mecanismos de mercado *dentro de ciertos límites* para ajustar periódicamente los precios de algunos bienes de consumo, pero no debe ir más allá de dichos límites.

¿Implica acaso este modelo el crecimiento de una pesada maquinaria burocrática, complementada con purgas, campos de concentración, monolitismo ideológico, realismo socialista y la ausen-

cia de toda libertad de iniciativa de los trabajadores al nivel de la fábrica? ¡De ninguna manera!

En primer lugar y al nivel de la fábrica, deja un amplio margen para que opere la libertad de iniciativa de los *kollektivs* respecto a la utilización y combinación óptima del equipo existente y de la fuerza de trabajo. Por esta razón nos oponemos, en cualquier caso, a las instrucciones detalladas impartidas por los departamentos centrales de planificación de las fábricas individuales respecto de la línea de sus productos y sus métodos de producción. Una vez que se han establecido las prioridades, los consejos obreros y los *kollektivs* de trabajadores deben tener libertad para incrementar el producto y el ingreso con los medios que están a su disposición, tomando en consideración las necesidades de la sociedad, las que pueden ser formuladas conscientemente (por medio de cuestionarios enviados regularmente a las fábricas, los sindicatos y los consumidores). La mayor parte del ingreso suplementario que puedan lograr por una mejor combinación de los "factores de producción" existentes debe permanecer a su disposición, con lo que se aportará un incentivo para superar constantemente el cumplimiento de los objetivos del plan, sin desorganizar el plan central o aumentar la desigualdad social.

En segundo lugar, Horvat y muchos críticos de Stalin, parecen haber perdido de vista una verdad muy simple. Hay dos modos de centralización: la centralización burocrática y la centralización democrática. El hecho de que, históricamente, en la Unión Soviética se haya dado el primero después del segundo no implica que esto deba suceder necesariamente siempre y en todas partes.

No es difícil imaginar un modelo de dirección y planificación económica que, partiendo de consejos obreros del tipo yugoslavo, los combine en un cuerpo central federal que detente la autoridad suprema y pueda tomar decisiones que estén por encima de las adoptadas por los consejos obreros individuales, sin que por ello tenga que burocratizarse. Sería suficiente imponer condiciones estrictas a la composición de ese cuerpo central, siguiendo las reglas

generales formuladas por Marx en su apreciación sobre la Comuna de París o por Lenin en el "Estado y la Revolución". Tomando las precauciones necesarias para que continúe siendo libre la discusión de los planes económicos alternativos y se garantice a los trabajadores las libertades políticas y civiles, tal modelo sería muy superior a la supercentralización stalinista y a la excesiva descentralización yugoslava.

Nuestro modelo tendría, además, una enorme ventaja social. Fortalecería y unificaría a la clase obrera mientras que los modelos stalinista y yugoslavo tienden a fragmentarla y aun a atomizarla. Sería, obviamente, más ético porque lograría una mayor igualdad de ingresos y porque todos los sacrificios necesarios serían sacrificios aceptados conscientemente. Además, evitaría gran parte de la pérdida de recursos que acarrear inevitablemente tanto una mala dirección burocrática como los mecanismos de mercado. En consecuencia, se aproximaría mucho más a una maximización del producto y del ingreso que lo permitido por los modelos mencionados.

ALGUNAS REACCIONES A LAS REVELACIONES DE LA CIA

por H. H. WILSON

Publicamos a continuación las anotaciones con que el profesor Wilson, del Departamento Político de Princeton, habló al Consejo Nacional del Comité de Emergencia de Libertad Civil, en Nueva York, el 13 de mayo. Al hacerlo, deseamos apoyar su interpretación del significado e importancia de la CIA, que aparecen en estas revelaciones.—Los editores.

1. La mayoría de aquellos que han recibido dinero de la CIA no son inocentes, habían estirado la mano.
2. Es un hecho que muchos estudiantes e intelectuales están ávidos por aceptar y vivir al nivel de la "Gran Sociedad". ¡Para qué decir nada de los dirigentes obreros! ¿Y por qué no? ¿No es este el modo americano de vivir?
3. Las universidades han llegado a ser parte del aparato estatal y de las sociedades anónimas. Y cada vez más es esto cierto también de otras instituciones, en la sociedad.
 - a) Las universidades americanas nunca han sido centros verdaderamente independientes, de modo que, de cierta manera, estos desarrollos recientes son una simple extensión de un modelo histórico.
4. Es dudoso que muchos de los beneficiados con los fondos de la CIA fuesen realmente "maleados".
 - a) La mayoría de los individuos y las instituciones han aceptado las premisas de la guerra fría.
 - b) Es un hecho que pocos intelectuales hayan concebido su

papel de críticos u observadores independientes de la sociedad estadounidense.

- c) Pocos han llevado a la práctica y comprendido el concepto del intelectual del profesor Noam Chomsky: "los intelectuales están en situación de poder exponer las mentiras de los gobiernos, analizar las acciones en términos de sus causas y motivos e intenciones ocultas. En el occidente... ellos tienen el poder que proviene de la libertad política, del acceso a la información y libertad de expresión. Para una minoría privilegiada, la democracia occidental proporciona la holganza, las facilidades y la preparación para buscar la verdad que yace escondida tras el velo de distorsión y tergiversación ideológica e intereses de clase, a través de los cuales se nos presentan los acontecimientos... Es responsabilidad de los intelectuales decir la verdad y exponer las falsedades." (New York Review of Books, febrero 23, 1967.)

5. Tal vez me equivoque al no considerar este desarrollo de la actividad de la CIA principalmente como un asunto de libertad civil.

- a) Es cierto que representa la corrupción de la libertad académica, principalmente la de aquellos estudiantes que están en situación para conocer ciertos compromisos de sus profesores.
- b) Sin embargo, me parece, que el punto en cuestión es la documentación sobre la extensión en la que las universidades, sindicatos, organizaciones religiosas y editoriales han caído en la trampa de la sociedad "mafiosa". Reitero que no han sido seducidos.
- c) Lo demuestra la extensión con que todas las instituciones sociales se han incorporado al estado y a las sociedades anónimas. Esto —yo diría— es la esencia de una sociedad totalitaria.

6. El punto básico de la CIA no es que siga una política independiente —a pesar de que es posible que con frecuencia lo sea

a nivel táctico—, pero su política general es aprobada por los altos ejecutivos del gobierno y sus dirigentes políticos.

- a) Las agencias de inteligencia podrían progresivamente tomar el control total de la red institucional.
- b) De acuerdo con las revelaciones de "Rampart", la Casa Blanca habría apoyado un informe en que la CIA aparece actuando con reglamentos gubernamentales en su penetración secreta de la educación, agrupaciones obreras y religiosas. El señor Katzenbach... elogió "a los muchos americanos previsores y valientes que calladamente habían cooperado con la agencia".
- c) Con esto ¿se estaría admitiendo que además de proporcionar dinero a los grupos educacionales y agrupaciones obreras y religiosas, la CIA habría también penetrado organizaciones financieras, incluyendo las de capas medias?
- d) Habría que recordar que tenemos una extensa experiencia en el uso de instituciones "intelectuales" e "independientes" como "frentes": por ejemplo, servicios de las empresas eléctricas en las décadas del 20 y del 30, las técnicas de la industria del petróleo para el control de abogados y prensa.

CONCLUSION

7. Parece evidente que la operación CIA sea lógica y aún razonable viniendo de un gobierno y una sociedad que opera en el supuesto de una guerra fría y con una misión de contrarrevolución mundial.

- a) Es inevitable que las consecuencias de la guerra fría y las políticas resultantes, afecten cada aspecto de la vida americana.
- b) Esto es evidente en la distorsión de la ciencia, en las relaciones de las instituciones educacionales con el Estado, en el deterioro de las instituciones tradicionales de protección social por la intervención de un poder arbitrario, en el afán de desalentar la oposición, la resistencia, el debate

político de planes de acción, y en la intensificación del engaño y la impostura oficial.

8. Mientras los EE.UU. tomen el liderazgo del movimiento contrarrevolucionario mundial en defensa de sus intereses creados, la corrupción de las instituciones y entidades del país es inevitable e irrevocable.

- a) Todo deberá ser amoldado a la "finalidad nacional".
- b) Ninguna sociedad democrática puede lanzarse a dominar el mundo, sin corromper sus propios fundamentos.
- c) Y sugiero que esta situación será intensificada por el hecho que, hasta donde yo conozco (por primera vez en la historia del mundo) EE.UU. trata de llevar a cabo una guerra imperialista con sus propios soldados en vez de ser estos mercenarios.

9. De modo que hasta que la dirección política de este país no sea cambiada, su papel en el mundo drásticamente reducido o modificada de orientación, yo creo que seremos testigos de una continua corrupción de las instituciones y una erosión de los valores establecidos

EL DIA QUE LOS POLICIAS SONRIERON

por **ALEXANDER L. CROSBY**

Alexander L. Crosby dejó Greenwich Village hace siete años para criar pájaros y ratas almizcleras en Quakertown, Pennsylvania, donde también escribe libros infantiles.

La cara de un policía no es una cara feliz, y sólo raras veces puede un ciudadano mirarla con placer. Recuerdo un domingo de 1950 cuando me senté en torno a una mesa, en un bar ilegal de Denver, con un policía de un gran fondo humano, que era altamente respetado por los norteamericanos de habla española, y recuerdo asimismo un día de primavera de 1960, cuando vi a un policía montado en actitud tan meditativa que me vi obligado a escribir al gobernador David Lawrence, quien contestó diciéndome que mi carta era algo que salía completamente de lo que era habitual. De estos pocos datos, podría inferirse que sólo una vez cada diez años es posible encontrar un alguacil alegre. La asombrosa verdad es que la Gran Marcha por la Paz, de 15 de abril de 1967, reveló la existencia no de uno, sino de docenas de sonrientes y amistosos policías de la ciudad de Nueva York.

¿Por qué? Después de cinco horas de permanecer de pie, de esperar, de caminar, de esperar, de cantar, y de esperar, le hablé a uno de los policías cuya misión era protegernos de los manifestantes hostiles, que no abundaban más que las pulgas, siendo mucho menos molestos que esos animalitos. Le pregunté: "¿A qué se debe que tantos policías sonrían hoy día?" "La explicación es ésta", me contestó el representante de la ley: "Los que participan en la marcha no han provocado ninguna dificultad. Han actuado pacífica y amistosamente. La reacción del policía corresponde a la forma

de conducta de la multitud. ¿Comprende lo que le quiero decir?"

En cambio, el semblante de "The New York Times" no era afable, de ninguna manera. En su editorial más importante del día de la marcha, el diario determinó finalmente que la protesta no se ajustaba al criterio que tiene el "Times" para calificar de correcta una manifestación política, el tipo de manifestación al que Arthur Hays Sulzberger y James Reston no pueden dejar de adherir. La protesta era un fracaso por razones de orden moral, argumentaba el editorial, porque "toda la moralidad no está ni ha estado nunca confinada en un solo bando en esta miserable lucha". Supongo que podría argumentarse que es inmoral que una miliciana de Vietnam del Norte dispare a los aviones que llevan regalos de napalm a sus hijos, pero sólo un editorialista del "Times" podría descubrir el mal en su agresión.

El editorial concluía que la marcha era también un fracaso político, porque su objetivo era la paz, y no una finalidad más limitada, como, por ejemplo, el cese de los bombardeos a Vietnam del Norte. Si tan sólo los participantes en la marcha se dieran por satisfechos con una guerra prolongada contra el pueblo de Vietnam del Sur, Lyndon podría escucharlos. En resumen, hay que pedir menos de lo que se quiere si se desea obtener más de lo que se espera. Los negociadores sindicales podrían tener presente este realista principio la próxima vez que tengan que celebrar contratos de trabajo con el "Times".

Era un día frío, alrededor de 50° Fahrenheit. Sin embargo, la efusión de calor humano era algo que estaba más allá de todo lo que yo había experimentado con anterioridad. Una dama, elegantemente vestida, llevaba una bolsa de género llena de masitas, un termo de café, pasteles de gelatina cubiertos de chocolate, y otros comestibles, que distribuyó alegremente entre sus compañeros. En el N° 501 de la Avenida Madison, una hermosa morena, en una oficina del segundo piso, tenía en alto un letrero con la consigna "Paz Ahora", y dirigía a los momentáneamente atascados participantes de la marcha en el voceo de ese slogan. La gente era embargada por el sentimiento de la amistad.

También había humorismo. Una delegación de Princeton (la bandera anaranjada y negra decía: "Aún Princeton") se detuvo detrás de la Catedral de San Patricio y empezó a gritar una consigna que fue coreada por cientos de personas: "Recluten a Spellman para el ejército". Luego, una distinguida agente literaria, dando una mirada hacia la acera de enfrente, hacia las oficinas de Random House, agregó, con su fruncido acento británico: "Recluten a Bennet Cerf". En una cuesta, en Central Park, dos solemnes jóvenes mantenían en alto una hoja de papel mientras pasaba la gente que marchaba. Grandes letras blancas afirmaban: "Ho Chi Minh es una Virgen". Esta propaganda no era motivada probablemente por nada más siniestro que una afición a la broma, afición compartida por dos jóvenes muchachas que se habían vestido cubriéndose con una caja grande, sin cubierta y sin fondo. En sus cuatro costados tenía escrita esa caja la palabra: "Paz". Fue un error de los auspiciadores intentar restringir las consignas a una lista oficial y generalmente pedestre. La mayoría de los que marchaban no llevaban letreros, y los que preferían sus propias consignas ignoraban las oficiales. La única regla que se cumplía era la prohibición policial de llevar palos y estacas. Los participantes de la marcha que no habían traído tubos de papeles, tenían que usar paraguas, cordeles o las manos. Mi mujer y yo llevábamos un letrero que decía: "Escritores Libres de Quakertown, Pensilvania". Atrajo un cierto número de amigos que no veía desde hacía tiempo, saludos de residentes de ciudades cercanas, y una serie de preguntas de forasteros. Explicué que la organización había sido fundada la noche antes, y que el número de sus miembros ascendía a dos. Lo que más necesitaba la marcha era un vasto despliegue de letreros y carteles con nombres de ciudades, de pueblos o aún de calles. El movimiento por la paz es a escala nacional. Que proclame a los cuatro vientos sus finalidades.

Algún inspirado organizador concibió la idea de una sección de trajes académicos de toga y bonete. Debido a que este grupo iba en la vanguardia, sólo pudimos ver a algunos de los académicos en los momentos en que se dieron vuelta después de llegar a

la Plaza de las Naciones Unidas. Todos éstos llevaban togas doctorales. Uno de ellos, una dama, tenía prendido un narciso en la borla dorada de su bonete. El narciso era la flor oficial de la marcha, y el poder de las flores puede todavía probar que es la fuerza que no pueden vencer ni todos los soldados del rey ni las armas secretas.

Aunque la marcha fue una tremenda humillación para los conspiradores maestros de las protestas en las oficinas del "Times", los participantes se sentían alborozados. Terminada la marcha, con un final resonante, echamos a correr con la convicción de que habíamos dado un grito significativo por la paz; con la convicción de que la ciudadanía puede luchar contra el Pentágono; con la convicción de que encontraremos nuevos caminos para reafirmar y ampliar nuestra protesta. Hubo una diferencia crucial entre la última vuelta de la marcha Selma-Montgomery y esta marcha por la paz. En Montgomery, salvo en lo que se refiere a la ruta a través de la sección negra, los que participaban en la marcha estaban cercados por policías y espectadores blancos hostiles. Se podía oler el odio. En Nueva York, nosotros marchábamos con un sentido de poder y de buena voluntad. "Ustedes son amarillos como las flores que llevan", chilló frenéticamente una mujer, y los participantes de la marcha contestaron con una amplia sonrisa.

Una gran pregunta circulaba entre los participantes del desfile, relativa al número de personas que estábamos allí. El cálculo policial oficial se anunció más tarde como ascendente a 125.000, y esta cifra fue aceptada generalmente por los diarios. Los cálculos policiales y/o de los diarios no son, naturalmente, dignos de confianza, porque no hemos aprendido a contar a la gente en la forma tan eficiente como contamos las bacterias.

Hace un cuarto de siglo, cuando fui a trabajar por la Prensa Federada, había una fórmula de la oficina para calcular el número de los participantes en el desfile del 1º de Mayo: Sumar las cifras dadas por el "Times" y el "Daily Worker", y dividir por dos. Un desgraciado 1º de Mayo, decidí hacer mi propia tabulación. Estuve toda la tarde en Union Square, estimando el número de personas

en cada fila, y luego, haciendo los cálculos para todas las filas. El total a que llegué fue de una cifra cercana a los 21.000. En cambio, el cálculo de la policía y del "Times" fue de 19.000, mientras que la cifra del "Daily Worker" fue de 85.000. La recompensa para el esfuerzo reporteril más tedioso de mi vida, fue una furiosa denuncia de ser un desviacionista aritmético y un revisionista socialdemócrata, más una insinuación de que nuestro servicio de noticias podría no ser requerido por más tiempo por uno o dos de los clientes que mejor pagaban.

Durante la marcha de 1967, conversé con un policía en unos momentos en que estábamos detenidos por la luz roja del tránsito. "Este es un desfile asombroso", dijo. "Nunca he visto nada parecido, y yo fui a Washington para esa manifestación de derechos civiles. Uds. tienen aquí cerca de medio millón de personas".

El policía era demasiado generoso, ya que era imposible mover a 100.000 personas por hora mientras se producían continuas paradas debido a las luces del tránsito (esa tasa de fluir de gente habría requerido 80 personas en cada fila y ninguna parada). Sin embargo, el error del policía era sintomático. La marcha fue un fenómeno que impresionó a casi todo el mundo, salvo a Marya Mannes, periodista y crítico, que escribió en el "New York Times" que "había algo de novicio y de aficionado en la larga procesión que la simpatía y el respeto por su compromiso no podían hacer desaparecer".

Miss Mannes quedó perturbada por el "desaliño físico" y la ausencia de dignidad, especialmente en los jóvenes. Haciendo notar que los líderes de la Conferencia Nacional por una Nueva Política tenían fines políticos, concluía ella: "Si la reacción pública general a la marcha de la semana pasada demostró algo, ellos aún pueden verse forzados a concluir que las manifestaciones, cualesquiera que sean sus proporciones, significan bastante poco ahora".

Ciertamente miss Mannes tenía razones para tomar una posición bastante a la derecha de la de los entusiastas izquierdistas del Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York. En verdad, el desfile tenía características de cosa hecha por aficio-

nados. Recuerdo un montaje, hecho de cartón desmenuzado, por Peter Hornick, un niño de 10 años de edad, con el mensaje: "DE-TENGAN LA GUERRA". Y muy pocos de los jóvenes se veían tan garbosos y dignos como un cadete de la Fuerza Aérea antes de su expulsión por fraude. Pero yo creo que la dama no comprendió el objetivo de la manifestación. No había ninguna esperanza de que miles de personas de las aceras se uniesen espontáneamente a las heterogéneas filas o tomaran un taxi para irse a sus casas a escribirles a sus respectivos congresales. El logro efectivo fue el haber forjado una alianza, que se necesitaba desde hacía largo tiempo, entre una serie de organizaciones e individuos.

La caminata por Madison Avenue abajo, no terminó en las Naciones Unidas. Martin Luther King, Jr.; Benjamín Spock, y sus colegas seguirán marchando. Su meta política ya está causando preocupación a los propagadores de la guerra, que habrían hecho muy poco caso de una digna y solemne manifestación que se desvanece con el sol poniente. Lyndon Johnson no ha olvidado que Henry Wallace cedió sus votos electorales a Thomas E. Dewey en 1948, habiendo estado a punto de impedir, con ese acto, la elección de Harry Truman. El doctor King y el doctor Spock podrían resultar más poderosos que el cultivador de maíz de Iowa.

LAS RELACIONES RACIALES EN 1967

por el Rev. ALBERT B. CLEAGE, Jr.

Damos a conocer el texto de un mensaje de Año Nuevo, que presenta una perspectiva importante sobre el estado actual de las relaciones entre blancos y negros en Norteamérica. El autor es presidente del Comité de Organización interna de la ciudad de Detroit.

El de 1967 será un año de conflicto y violencia racial, durante el cual las impotentes organizaciones para los derechos civiles no serán capaces de mantener el statu-quo. La gente negra será retrotraída, progresiva y forzosamente, a una nueva forma de esclavitud, muy similar al terrorismo de la Era de Reconstrucción que siguió a la guerra civil. Por un lado, la supremacía y el poder del blanco son una realidad. Por otro lado, la subordinación y la impotencia del negro no son generalmente reconocidas. La comunidad negra aún no se da cuenta de que está comprometida en una lucha de poder por la supervivencia y que el hombre blanco hará todo lo posible por mantener la supremacía blanca. El conflicto es inevitable porque el hombre negro ya no está en condiciones psicológicas para aceptar su subordinación o su impotencia y el hombre blanco no está preparado para renunciar a su poder o a su posición privilegiada.

El hombre blanco comprende mejor que el hombre negro esta lucha de poder y, en consecuencia, ha lanzado un contraataque más masivo que aquél que la extensión actual de la revuelta de los hombres negros parecería justificar. Así:

(1) Un servicio selectivo de discriminación racial, que conduce a que la colectividad negra se vea obligada a proveer una parte desproporcionadamente grande de las tropas para la guerra de Vietnam y para la guerra que está por comenzar en Asia, está llevándose a la flor y nata de los jóvenes negros insatisfechos y potenciales líderes de ghetto.

(2) En combinación con esto, un esquelético programa contra la pobreza que hace muy poco para ayudar a las masas negras, seguirá siendo usado para eliminar a otros líderes potenciales del ghetto negro.

(3) La Renovación urbana y la ley de mejoramiento urbano serán utilizadas para destruir el poder político negro y para trasladar a la gente negra de los ghettos negros del centro de la ciudad.

(4) La automatización y el desempleo aumentarán la dependencia de la gente negra del auxilio de la beneficencia estatal.

(5) El control de la natalidad, patrocinado por el gobierno para la mujer negra que recibe asistencia pública, será utilizado para disminuir la tasa de natalidad de los negros.

(6) Como si todo esto no fuera suficiente para destruir cualquier incipiente poder negro, se harán todos los esfuerzos posibles para transferir todo el poder político urbano a gobiernos de condados o multi-condados, en los cuales se destruye la fuerza electoral negra.

La comunidad negra quedará paralizada por la esquizofrenia. El NAACP y otros líderes negros "responsables" seguirán hablando y pensando en términos de una integración imposible y de una coalición entre los liberales y los trabajadores que se anula a sí misma, aun cuando las masas negras se vuelquen cada vez más hacia una mística negra simbolizada por la vestimenta africana, el corte de pelo al estilo africano, Swahili y conversaciones sobre las glorias del Africa Antigua. A causa de la frustración que provoca este tipo de paralización provendrán constantes tumultos "Burn, Baby, Burn" y bandas de confundidos terroristas negros decididos a hacer explotar el mundo del hombre blanco.

En medio de este caos, en el cual las condiciones del hombre

negro empeoran incesantemente, el "Comité de organización interna de la Ciudad", a nivel local y Stokely Carmichael y el "Comité coordinador estudiantil de la no violencia" y Floyd McKissick y el "Congreso de igualdad racial", a nivel nacional, ofrecen el único enfoque inteligente y serio de los complejos problemas que enfrenta, en Norteamérica, la gente de color. Estas organizaciones y otras como ellas en cada centro urbano del Norte y del Sur continuarán, gradualmente, el lento, duro y paulatino proceso de construir organizaciones arraigadas, capaces de poner un freno efectivo al poder blanco. Ellas crearán el poder político y económico necesario para dirigir a las comunidades negras. Aun cuando estas organizaciones serán la única fuerza con que contarán las comunidades negras de todos los Estados Unidos en 1967, ellas no buscarán una confrontación total a menos que ésta sea inevitable para la supervivencia de la gente de color.

BERTRAND RUSSELL

WAR CRIMES IN VIETNAM

MR Press se enorgullece en anunciar la publicación del libro de Lord Russell sobre la guerra de Vietnam, que incluye una colección de discursos y artículos con revelaciones sorprendentes sobre los crímenes de guerra norteamericanos.

PRECIO DEL EJEMPLAR

Eº 25 o US\$ 4.-

Pedido y giros a Editorial MR

Casilla 5437 — Santiago-Chile

Los envíos se harán directamente desde MR
Press - Nueva York

CORRESPONDENCIA

¿UN NUEVO SIGLO DE LAS LUCES?

Por un accidente histórico China ha sido aislada culturalmente del resto del mundo durante la mayor parte de su larga trayectoria como una de las civilizaciones más brillantes que ha creado el género humano, civilización brillante tanto por lo sobresaliente de sus realizaciones como por su propia individualización durante tres o posiblemente cuatro milenios. Este aislamiento fue intencionalmente agravado por el imperialismo durante el siglo XIX y comienzos del XX, ya que las fuerzas imperialistas, negando a China los avances de la técnica operados en ese período, esperaban que ésta se encontraría indefensa para oponerse al pillaje de su rica civilización. De todos modos, la autosuficiencia cultural y la universalidad de China es un hecho histórico bien establecido. China es un universo-cultura por sí misma.

Los chinos mismos están hoy día tomando ventaja de ese accidente histórico, a fin de realizar la más grande de las metas marxistas: librar a la humanidad de la maldición de la historia occidental y reemplazarla por una sociedad racional en la que el hombre pueda labrar su propio mundo en vez de aceptar el mundo que le depara la fatalidad histórica. El universo-cultura chino como dominio ideológico está hoy día preparado para dar la bienvenida al marxismo como su único mentor ideológico. Esto es lo que hace posible la Gran Revolución Cultural China, a pesar de que un salto similar todavía no ha sido enfrentado por la Unión Soviética ni por los países socialistas de Europa oriental, no obstante el he-

cho de que su técnica está mucho más desarrollada que la de China. La Unión Soviética y Europa oriental comparten su universo-cultura con Norteamérica, Europa occidental, etc., y la influencia corrosiva del imperialismo penetra *todos* los ángulos de este universo-cultura, que se suele llamar pomposamente "civilización occidental", concepto que no es inocentemente geográfico, sino que está insidiosa y sutilmente infiltrado de racismo.

Cuando se comparan científicamente dos conjuntos de cosas, se hacen predicciones sobre su conducta basándose en que las condiciones previas de ambos son las mismas. Esta es la conocida frase "dado que los supuestos son iguales" del lenguaje y del método científico. Esta premisa es enfáticamente válida para el enunciado marxista de que mientras más avanzada se halla la técnica en una sociedad socialista, más favorables son las condiciones para el paso de esta sociedad al comunismo. Esto es verdadero "dado que los supuestos son iguales". Pero los supuestos, las condiciones previas, no son iguales para el bloque soviético que para China. China tiene la gran ventaja de ocupar ella sola el dominio ideológico-intelectual de un universo-cultura, y por tanto, de poder llenar este dominio con un solo mentor: el marxismo. Esta ventaja, en mi opinión, prevalece sobre la desventaja de ser técnicamente menos desarrollada que el bloque soviético. También en mi opinión, el reconocimiento de estos hechos es lo que distingue a la ciencia del dogma en el terreno del pensamiento.

La naturaleza específica del avance hacia el comunismo, señalada por la Gran Revolución Cultural China, es un serio y resuelto ataque a las relaciones culturales, a las relaciones políticas y a las relaciones macro-económicas de las formaciones socio-económicas de explotación y opresión que han sido ya revolucionadas en alto grado en todos los estados socialistas. Vivimos en un mundo donde el accidente de nuestro nacimiento y los círculos en que nos movemos, nos arrastran a través de nuestra existencia por senderos sutiles e insidiosos a los habitualmente mal llamados grupos sociales de castas y a relaciones que nos conducen —independientemente de nosotros mismos— a círculos prestigiosos y privilegiados

o a círculos socialmente definidos como no distinguidos, y que por tanto no merecen el reconocimiento general, sin que nosotros nos demos cuenta específicamente qué está sucediendo. Esto es todo lo opuesto al espíritu democrático-racional y revolucionario simbolizado por la gran época de la Revolución Francesa y el preclaro pensamiento del Siglo de las Luces. El hombre, tanto individual como colectivamente, debería ser capaz de dirigir por sí mismo su recorrido a través de la vida, sobre la base de sus verdaderos esfuerzos y habilidades innatas. No debería ser el prisionero de instituciones sociales y grupos sutilmente restrictivos. Por primera vez en la historia con alguna posibilidad de éxito, una nación ha emprendido una guerra abierta contra estas restricciones institucionales "tradicionales" por la libertad del hombre en la vida de relación. ¡Esta es la urgencia de los chinos en destruir todas las tradiciones reaccionarias y las instituciones tradicionales, y reconstruir la vida humana una vez más desde los cimientos! Este deseo de trabajar desde los cimientos, tanto como desde arriba hacia abajo, significa una real fe en el hombre. Esto es lo que se entiende por libertad total del hombre: meta hacia la que han ido escalando a través de la historia, a veces un poco a ciegas, todos los filósofos humanistas, incluido los religiosos y otros idealistas, en un esfuerzo por alcanzar niveles superiores de la verdad y ponerlos a disposición de la acción social. Es el conjunto, la cima de todo pensamiento humanístico revolucionario puro. Es la revolucionaria unidad dialéctica de la individualista revolución del Siglo de las Luces y del revolucionarismo colectivista del Siglo del Marxismo agrupados en una única cima común al más alto nivel posible. Esto es lo que los revolucionarios chinos están tratando de hacer con la Gran Revolución Cultural. La historia y toda la humanidad, al mismo tiempo que se esfuerzan, pero marcando el paso, pueden retener el aliento para ver si tienen éxito. Y si lo logran, el Siglo de las Luces tendrá su homónimo en una era de iluminada experiencia para toda la humanidad.

Bernard Edwin Galitz

"LA PROMESA PERMANENTE:

Una crítica de los libros sobre Vietnam de tendencia liberal"

por HUGH DEANE *

"Por qué estamos nosotros en Vietnam, es hoy día una cuestión principalmente de interés histórico", declara Arthur M. Schlesinger, Jr., en la primera sentencia de su *"La amarga herencia"*; y, en un capítulo posterior sobre la "inescrutabilidad de la historia"; él impone límites a ese interés. Sin embargo, bosqueja el desarrollo del compromiso norteamericano de modo que su pequeña perspectiva de la historia le permite describir ese compromiso como una serie de resoluciones que fueron razonables en la época en que se tomaron, aunque las esperanzas fundadas en ella no se concretasen. Después de los Acuerdos de Ginebra de 1954, "los Estados Unidos siguieron adelante apoyados en la presunción de que sólo la ayuda económica y política sería suficiente para asegurar la existencia de Vietnam del Sur como Estado independiente. Este no era, desde ningún punto de vista, un juicio irrazonable en esa época". E, insistiendo sobre la misma idea, agrega: "Cada paso en la profundización del compromiso norteamericano era considerado razonablemente, en la época en que ese paso se daba, como el último que sería necesario . . . El caso de Vietnam es una tragedia sin villanos".

* Hugh Deane escribió "La guerra en Vietnam", un folleto editado por Monthly Review Press, en 1963. En una serie de tres artículos en el "New York Daily Compass", en diciembre de 1950, él concluía que tanto para Washington como para París, la intervención en Vietnam era una aventura sin esperanza de éxito.

Retrospectivamente, las decisiones razonables del momento se convirtieron en oportunidades perdidas. Desde 1945, París, Washington y los "nacionalistas" vietnamitas han desperdiciado una oportunidad tras otra para hacer ellos mismos la revolución, para imponerse políticamente por medio de políticas democráticas y reformistas, por lo menos, para crear un régimen apoyado por una parte del pueblo suficiente para permitir que el esfuerzo militar tuviese éxito. Este es el tema de *"La revolución perdida"* de Robert Shaplen y, en general, de los libros sobre Vietnam de tendencia liberal. Se encuentra ese tema en las obras más substanciales del recientemente fallecido Dr. Bernard B. Fall, aunque un tanto modificado en varios de sus últimos ensayos. Y está presente en *"Los Estados Unidos en Vietnam"*, por George Mc Turnan Kahin y John W. Lewis, quienes estiman que los acontecimientos en Vietnam fueron configurados por una temprana fusión de comunismo y nacionalismo, pero creen, sin embargo, que hubo oportunidades perdidas.

¿Qué sucedió a todas las decisiones razonables? ¿Por qué se perdieron tantas oportunidades? Naturalmente es con relación a este punto precisamente que estos autores, tan mordaces en cuanto se refiere a críticas de carácter particular, se escurren con respuestas a medias. En lo sustancial, se nos da una relación de "errores", errores de todas clases, relativos a entendimiento, a comunicaciones (los favoritos de Shaplen), a actuaciones. Las relaciones a menudo son ricas en detalle y se acompañan con útiles percepciones secundarias. Aun las ideas del marxismo se aplican ocasionalmente de una manera cautelosa. Pero no se puede permitir que los errores sean tan profundos o tan determinantes que impidan al autor hacer un llamado más a Washington para realizar la Revolución Norteamericana en Vietnam, que es precisamente la forma en que concluye la obra "Los dos Vietnams", de Bernard Fall.

El pasado y el presente constituyen tales matorrales de factores objetivos y subjetivos que mucho tiene que ser registrado como contingencia. Sin embargo, se exige que los que consideran

razonable una decisión del presente o los que encuentran una opción perdida en el pasado, jueguen con las fichas en el tablero; se ven obligados a investigar y a tomar en cuenta las realidades subyacentes. En Vietnam, estas realidades no estaban ocultas a los observadores por lo que Schlesinger llama la obscuridad de la Historia. Más bien esas realidades han sido ignoradas o minimizadas por estos liberales, debido a su compromiso con un imperialismo que, incapaz de soportar la penetración de una daga roja en el Sudeste de Asia, se ha asignado siempre a sí mismo una oportunidad más. Las realidades subyacentes en Vietnam han sido las de la revolución: las de una revolución en particular, una revolución realizada por manos vietnamitas. Minimizando y considerando estáticamente esta revolución, los partidarios del mundo libre han estado especulando esperanzadamente sobre situaciones en que las posibilidades han sido constreñidas, para decir lo menos, por todo lo que había sucedido antes. Una cosa es crear un régimen neo-colonialista en una zona en que una revolución verdadera es, en gran medida, una amenaza futura. Otra cosa es hacer lo mismo en un período que comenzó con una toma del poder dirigida por los comunistas. Un pueblo que ha llegado a la revolución y que se encuentra en los dolores propios de ella, simplemente no puede ser tan fácilmente embaucado por la democracia limitada, la ley tendenciosa, las reformas y benevolencias menores que constituyen el arma óptima y preferida del capitalismo monopolista tanto en el extranjero como dentro del país. Pero el problema que enfrenta el imperialismo es más específico. La revolución ya está aquí —las organizaciones y las fuerzas armadas ya existen y están creciendo; en el pueblo ha prendido la idea de que él puede hacer la Historia y se ha puesto en movimiento—. La contrarrevolución se encuentra frente a una emergencia. El problema de resolverla tiende a tomar la fuerza de un dilema: La presencia revolucionaria debe ser destruida y ello supone aplicación de la fuerza, fuertes dosis de fuerza, no obstante que lo que aun aquéllos a quienes no gusta la revolución consideran como “guerra sucia” limita ampliamente el espacio para la maniobra neocolonialista.

En su “Vietcong”, un estudio del Frente Nacional de Liberación aparentemente vinculado con la CIA, y que se funda en gran medida en documentos capturados, Douglas Pike descarta como “un mito social en el sentido Soreliano” el Levantamiento General, que era la meta del Frente de Liberación Nacional. Mediante este “mito social”, el Vietminh, dirigido por los comunistas, tomó el poder en 1945. El buró político del Partido Comunista acordó una insurrección general en Marzo y la llevó a cabo en el mes de Agosto. Una especie de pecado original en todos estos libros es su fracaso para tratar realísticamente este acontecimiento. Se refieren a él como si se tratara de un acontecimiento que se hubiese hecho por medio de espejos, poniendo el acento en las circunstancias fortuitas comunes a las insurrecciones, y no lo relacionan significativamente con lo que había ocurrido antes ni con lo que siguió. Para Shaplen, la situación post-insurreccional era “prístina” y “fluida”, y Fall, en “Los dos Vietnams”, se preocupa en gran medida de desahogar su indignación por las sucias triquiñuelas que la Oficina de Servicios Estratégicos y Washington hicieron a los franceses cuando éstos iniciaron su campaña de reconquista.

“Decid al pueblo francés que el viejo revolucionario Phan Boi Chau desea sinceramente colaboración leal con Francia. Pero que se apure o será demasiado tarde”. Así clamaba un nacionalista convertido en un moderado, en 1931. Los franceses no eligieron esa alternativa. Ni siquiera hicieron un facsímil de la Revolución Francesa. Prefirieron suprimir sangrientamente las huelgas y los levantamientos rurales de esos años (ensayando la innovación del bombardeo de aldeas), con el resultado de que, a juicio de Jean Chesneaux, “un abismo se abrió entre la Administración y el pueblo, abismo que no iba a ser llenado de nuevo”. Si había oportunidades, ellas se iban estrechando. Philippe Devillers, en su “Historia del Vietnam”, que no ha sido todavía traducida del francés al inglés, que hacía notar la “fragilidad” del dominio francés en la Indochina de preguerra del año 1940; y mientras él ponía el acento también en el carácter fortuito de la insurrección, la llamó asimismo “el fin lógico de la infiltración del Vietminh en cada

sector de la vida nacional". No emerge tal sentido del debilitamiento del Estado colonial francés de la relación de Fall del "interludio colonial", en "Los dos Vietnams". Equilibrando los "errores" políticos contra logros sociales y económicos exagerados, él pone los cimientos para un futuro de oportunidades.

Lo que los comunistas vietnamitas llaman "la revolución de Agosto" creó una emergencia para el imperialismo que ha resultado ser permanente. Intentar destruirla por medio de la intervención armada o entenderse con ella y esperar suavizarla o subvertirla: tal fue el problema legado a los franceses. Puede ser, como lo sugiere Shaplen y como Fall llegó a creerlo con el tiempo, que el último hubiese sido el camino más prudente. Pero, en todo caso, la decisión se tomó en 1946, teniendo en contra la circunstancia de una revolución en marcha. Los franceses se enfrentaban contra algo más que un movimiento en manos de nacionalistas de clases privilegiadas. Al hacer frente a la hambruna, a la intervención y al fallido golpe de estado de la derecha vietnamita durante ese terrible primer año, los comunistas maniobraron, halagaron y pactaron convenios oportunistas en todos los niveles. Pero todas estas cosas eran periféricas. La revolución desarrolló sus propias presiones. El incendio se extendía por el campo. Y la euforia de la insurrección se convertía en poder organizado. En Marzo de 1954, Fall publicó, en "Asuntos del Pacífico" un artículo sobre "Administración local bajo el Vietminh", que él reimprimió el año pasado en "Testigo de Vietnam" con el título de "La rebelión en sus raíces". Pero lo que falta precisamente en el artículo, es todo sentido de la rebelión radical que ya daba forma al futuro en 1946. Ya en Diciembre de ese año el Vietminh tenía razones para creer que podía golpear con fuerza contra la estrategia francesa de reconquista en etapas.

La intervención norteamericana en Vietnam empezó substancialmente en el invierno de 1949-1950, unos pocos meses después del establecimiento de la República Popular China. ¿Fue "razonable" el comprometerse con el esfuerzo de Bao Dai? ¿Podía creerse que un segmento decisivo de una población que hacía una

guerra revolucionaria y que había luchado sola contra los franceses durante cuatro años, se inclinaría en favor de un régimen "independiente" encabezado por el Emperador de traje blanco y de zapatos con suela de crepón? Por lo menos, debería hacerse notar que marxistas, y algunos no marxistas también, predijeron que eso no ocurriría, en evaluaciones que no se encuentran en las bibliografías de los escritores liberales que tratan el episodio de Bao Dai como si se tratara de un acontecimiento que pudo haber sido. En los primeros años de la década del 50, como antes, la emergencia estaba allí. Los batallones del Vietminh estaban en el campo, y gran parte del campo se encontraba fuera de control. Los franceses no podían declarar un receso mientras construían un régimen neocolonial viable. Tenían que seguir incendiando y masacrando. Los norteamericanos rápidamente supieron en qué consistía el problema. Un programa "pueblo a pueblo" con el fin de ganar corazones no llevó a ninguna parte, en parte porque aun en los momentos en que entregaban fertilizantes y cochinitos en las aldeas, los norteamericanos equipaban y financiaban a los franceses para que éstos llevaran adelante la "guerra sucia". Shaplen destaca la observación de Robert Blum, a cargo del programa de ayuda, en el sentido de que el esfuerzo "fue considerablemente obstaculizado y sus resultados benéficos, grandemente anulados, porque los Estados Unidos al mismo tiempo proseguían un programa de apoyo (militar) a los franceses".

En 1954, ocurrió lo ya visto de Diem. Nuevamente, ¿fue "razonable" suponer que dinero, personal y ayuda política norteamericana podían hacer viable un régimen de clases privilegiadas empeñado en un anticomunismo absoluto, identificado con la proposición de que una fuerza apoyada por la mayoría del pueblo podía ser excluida de la vida pública y exterminada? Schlesinger pensaba así en la época, y piensa del mismo modo retroactivamente. El prestó su nombre al grupo de presión de Diem, los amigos norteamericanos de Vietnam. Fall, siempre realista hasta cierto punto, vio sólo "un rayo de esperanza" para Diem en 1954 y estaba aún esperanzado y crítico años más tarde. Kahin y Lewis

piensan que Diem tuvo por lo menos una oportunidad de dos años por gracia de la disposición de los acuerdos de Ginebra que suspendía las elecciones hasta Julio de 1956. La opinión general, desde el punto de vista liberal, es que Diem perdió su oportunidad en gran medida debido a su fracaso en ganar el apoyo del campo. Ellos anotan como un "error" crítico la decisión de Diem, en el verano de 1956, de disolver los consejos de aldea y de reemplazarlos con funcionarios nombrados en Saigón. Pero en realidad la "emergencia" creada por la revolución estaba presente todavía. Las unidades regulares del Vietminh habían sido transferidas al norte del paralelo 17, de acuerdo con los acuerdos de Ginebra, pero allí quedó siempre la presencia del Vietminh, en particular los consejos y comités que habían tenido el control total o parcial de un gran número de aldeas durante años y que habían llevado a cabo la redistribución de la tierra y empezado la reconstrucción de la vida rural. En verdad, en los primeros meses después de los acuerdos de Ginebra, el Vietminh se extendió a áreas controladas anteriormente por los franceses. Diem tuvo que elegir entre tratar, valiéndose de la fuerza, con la campaña controlada por el Vietminh, o bien aceptar la situación de hecho con la esperanza de cambiarla por medios más sutiles. Si Diem cometió un "error", no fue debido a simple obstinación. ¿Podía suponerse que la campaña, como estaban las cosas en esa época, se dejaría engañar por el tipo de falsa reforma agraria, que era todo lo que Diem, un producto del mandarinato terrateniente, necesitado del apoyo de esa clase, podía ofrecer? ¿Se habría impuesto el "nacionalismo" puramente anticomunista de Diem aun en una campaña semilibre, o habría chocado con las presiones revolucionarias o habría llegado a un compromiso, convirtiéndose en un neutralismo que los norteamericanos no habrían podido soportar y que la policía de Diem hacía pedazos en las ciudades? Unos pocos inocentes profesores del Estado de Michigan hicieron presente una vez a Diem que ensayara la democracia en las aldeas, pero sus ímpetus rápidamente se calmaron. El "error" de Diem no fue sólo suyo. La política norteamericana en general, y la de la CIA en particular,

apoyaron la línea dura: el nuevo orden en las aldeas y las campañas de "denuncia del comunismo", como asimismo el regreso de los terratenientes que iba aparejado con lo anterior. En verdad, en 1958, Fall acusó a Diem de ser demasiado indulgente con los comunistas.

En 1961, vino el serio esfuerzo y "oportunidad" de la contra-insurgencia. David Halberstam argumenta, en "La formación de un atolladero", que ese esfuerzo y esa oportunidad no habrían fracasado si Saigón y Washington hubieran hecho caso a los consejeros norteamericanos que estaban en el lugar. La opinión general, desde el punto de vista liberal, el tema de los artículos de Fall, es que fracasaron porque no se comprendió suficientemente el carácter político de la guerra revolucionaria ni se realizaron las reformas necesarias para la pacificación. La realidad en este caso era el viejo dilema enfrentado por los franceses. En 1963 llegó a su término el período del espejismo de Diem. Desde entonces, nos dicen Kahin y Lewis, "los Estados Unidos han tenido una serie de oportunidades para influenciar el desarrollo político de Vietnam de modo que pudo haberles permitido asegurar un gobierno en Saigón con una base popular más amplia". Pero Washington "estaba dedicado a la conservación del gobierno del ejército en Saigón". La realidad —y aquí es útil la obra "Vietnam: Entre dos treguas" de Jean Lacouture— es que la emergencia revolucionaria estaba presente en forma encubierta. Además de producir revolucionarios, las revoluciones producen neutralistas. No todos los ubicados en las alas políticas eran verdaderos nacionalistas azules. Washington estaba impedido de todo ensanchamiento y liberalización significativos del régimen por la amenaza de una toma del poder por los neutralistas, lo que habría constituido una derrota muy tenuemente disfrazada. El centrismo vital estaba descartado en Vietnam del Sur. El neutralismo sacó todo el partido que pudo del aflojamiento que siguió a la caída de Diem, y el temor que se impusiera jugó una parte clave en el trasfondo de la decisión de Washington de bombardear el Norte y de hacer intervenir fuerzas armadas norteamericanas.

Halberstam y los otros periodistas que escribieron sobre lo que puede llamarse el Período de la Ilusión de los Boinas Verdes, y Shaplen, haciendo un libro con sus colaboraciones en el New Yorker mientras se montaba la invasión norteamericana, no pueden ocultar su escepticismo en cuanto al futuro, aunque rindiendo homenaje a la bandera. Fall estaba profundamente desmoralizado por la sucesión de "alternativas perdidas" y el espectáculo del empleo norteamericano de armas de exterminio. En su introducción a "Testigo en el Vietnam", él felicitaba a Estados Unidos por no ser "un prisionero de la Historia", pero sugería que la Historia ofrece en verdad algunas lecciones y que los que tomaban las decisiones sobre Vietnam habían ignorado algunos de los "hechos salientes". Y, en un ensayo escrito en marzo del año pasado, el ensayo con que termina la colección que constituye el libro, él planteó el problema francés y norteamericano en Vietnam en términos de un dilema: "Los franceses, por estrechos intereses coloniales que no querían todavía abandonar, sentían que el tiempo no estaba maduro para libertades políticas que podían también volverse contra ellos. Al mismo tiempo, cualquiera otra cosa que no hubiese sido la libertad completa habría sido considerada como una farsa por la mayoría de la población y de este modo habría perdido su efectividad política. Doce años después, los Estados Unidos, por intereses estratégicos mucho más amplios —la posibilidad de creer en la defensa norteamericana de un Estado pequeño, la creencia en la posibilidad de detener las guerras de liberación nacional— también sienten que la lucha por la libertad se autoderrotaría si incluyera el derecho a votar libremente por la tiranía... A la larga, lo más probable es que la población se incline por el bando que le ofrezca la mayor cantidad de libertad; sobre esta idea se basa el argumento. Pero si le ofrecemos *ahora* esa especie de libertad, los comunistas son el único grupo suficientemente organizado para sacar todas las ventajas de esa libertad. Y la finalidad de toda la guerra es, precisamente, mantener a los comunistas fuera del sistema".

Sin embargo, Fall mantuvo sus ideas sobre el Mundo Libre

hasta el día de su muerte, ocurrida durante una patrulla de infantes de marina. En el epílogo a "Testigo en el Vietnam", él argumentó que el Frente de Liberación Nacional es una realidad demasiado grande para ser ignorada y que alguna forma de acomodo con él debía buscarse, pero sólo pudo ofrecer una variante del plan de la Misión Marshall con relación a China: Un acercamiento al Frente de Liberación Nacional daría a Washington "algo de iniciativa política", introduciría una cuña entre Hanoi y el FLN y "permitiría el surgimiento en Saigón de esos elementos que aún conservan popularidad e inspiran respeto entre los campesinos". Kahin y Lewis recomiendan lo mismo, fijando sus esperanzas en el surgimiento de un Centro político que siga a una desescalada de la guerra. El "curso medio" de Schlesinger difiere sólo en detalles. Mientras las fuerzas norteamericanas llevan a cabo operaciones de "limpieza y conservación" y tenues reformas por un gobierno "procampesino", se le ofrecería al FLN participación en un régimen de coalición y "elecciones libres" —siempre que depusiera las armas y abriese sus territorios, aceptando al mismo tiempo la presencia de fuerzas armadas norteamericanas y de Saigón. En resumen, quedan oportunidades.

En verdad, las series de oportunidades se terminaron. Una nihilificación de la Historia va mano a mano con el recurso al exterminio. A través de los años, cada vuelta de página ha sido una oportunidad prístina, y cuando las realidades se han entrometido y las páginas no han resultado estar en blanco, han tenido que ser convertidas en tales por el borrador militar. No obstante, no se puede permitir que el horror que se expande se convierta en una tragedia con villanos. ¡Nunca se llega al extremo de gritar "Alto"! Siempre hay un mañana de esperanzas. La Revolución Permanente es contrarrestada con la Promesa Permanente.

Cuando se escriba un buen libro sobre las intervenciones francesas y norteamericanas en Vietnam, ese libro demostrará que ni la revolución ni la contrarrevolución sacaron siempre el mayor partido posible de las fuerzas a su disposición. Pero, fundamentalmente, no será un estudio de "oportunidades perdidas", sino de la

estrecha plataforma para hacer política contrarrevolucionaria. Mostrará cómo, enfrentada con una gran revolución, la comedia de la versión de exportación del liberalismo norteamericano se convirtió en una farsa.

LIBROS SOBRE EL VIETNAM BREVES COMENTARIOS

Los Estados Unidos en Vietnam, por George Mc Turnam Kabin y John Lewis. The Dial Press, New York, 1967, 465 páginas.

Los autores creen que Washington tanto temió a un comunismo monolítico, que perdió la oportunidad de aliarse con el Vietminh y transformar al Vietnam en una fortaleza antichina. Los autores sostienen que la intervención unilateral de los EE.UU. en lo que es fundamentalmente una guerra civil, está destruyendo las bases para una solución política. Ellos apremian la cesación de los bombardeos del norte y la disminución de la actividad militar y aumento de la actividad política en el sur, donde ellos prevén un cuerpo internacional de supervisión, un renacimiento de las "fuerzas políticas suprimidas" no comunistas y un entendido entre éstas, Saigón y las F.N. de L. Aparte de las conclusiones y proposiciones un tanto especiales, esta es la narración general más realista que hasta ahora se conoce de la intervención de los EE.UU. en Vietnam. En los apéndices se reproducen cien páginas de documentos claves y declaraciones.

La Herencia Amarga, por Arthur M. Schlesinger, Jr. Houghton Mifflin, Boston, 1967, 126 páginas.

Uno de esos semilibros, bellamente presentados, que sólo es publicable y de interés por el status y reputación del autor.

Testigo en Vietnam: 1953-66, por Bernard B. Fall. Praeger, New York, 1966, 363 pp.

Una colección de veintiséis de los muchos artículos de Fall, que iluminan el surgir de los acontecimientos. El hecho que pudiesen ser reimpresos los primeros artículos, indica que Fall ha sido siempre más realista que sus compañeros especialistas académicos. Sus ensayos posteriores, más algunos otros escritos después de la publicación de este libro, son su mejor obra. El impacto del escalonamiento lo llevó a reconsiderar con ventaja algunos de los juicios en "Los dos Vietnam" y otros escritos anteriores. Este libro, como todos los trabajos de Fall, es ampliamente informativo, y servirá en el futuro a los estudiosos. Se incluye una bibliografía de la obra de Fall.

Vietnam del Norte, por Wilfred G. Burchett. International Publishers, New York, 1966, fotografías, 191 páginas.

Mientras el Vietnam del Norte se prepara para una larga guerra, está pasando

por lo que Burchett llama "otra revolución gigante", caracterizada por la descentralización, dispersión y dependencia en la iniciativa y recursos locales: la gran industria y las ciudades tenderían a desaparecer, e instalar las bases en el campo. El libro es la narración de lo que Burchett vio durante su estadía de siete semanas: entrevistas con Phan Van Dong; Nguyen Vo Giap y Nguyen Van Vin, dan la perspectiva del liderazgo. Burchett evita temas controversiales y no nos da una apreciación completa. Sin embargo, es un reportero informado y diestro que trasmite la expresión de vitalidad de los norvietnamitas y su revolución.

La Política de los EE.UU. en Vietnam: La estrategia de la decepción, por Edward S. Herman y Richard B. DuBoff. Public affaire Press, Washington, 1966.

La Política del Escalonamiento en Vietnam, por Franz Schurmann, Peter Dale Scott y Reginald Zelnick. Fawcett Publications, Greenwich, 1966, 160 páginas.

"Cuando los líderes maldicen la guerra, la orden de movilización está ya escrita". Esta cita de Brecht podría ser un epígrafe para estos dos libros que examinan la decepción de la "búsqueda de la paz" y la realidad de la decisión de intensificar y extender la guerra. El análisis de Herman y DuBoff es tanto más verdadero, cuanto que además de las declaraciones verbales que encubren el escalonamiento, trata en sus apéndices con las no efectuadas elecciones de 1956, la "independencia" del Vietnam del Sur, y la cuestión de la agresión y genocidio.

"La Política de Escalonamiento" es más benévolo en sus conclusiones, además de estar escrito en prosa de comité. Sin embargo, su trato cronológico tiene un impacto acumulativo poderoso. Veintinueve personalidades, respetables y prominentes, lo enviaron al presidente Johnson como un "libro blanco de los ciudadanos". El presidente no ha acusado recibo.

Vietcong, por Douglas Pike. The M. I. T. Press Cambridge, 1966, 490 páginas.

Este es uno de los proyectos que el M. I. T. del Centro para Estudios Internacionales preparó para la CIA antes que los dos organismos se separaran (según la CIA). Pike sostiene que él adopta "una visión comunicativa de los cambios sociales". Su labor regular es distribuir "información" en Saigón. En su momento cúspide, tiende meramente a inquietar lo obvio; en su punto bajo, entrega como un hecho, generalizaciones basadas en chismografía de café. (Asegura, por ejemplo, que la actitud concluyente de los survietnamitas hacia la guerra contra Francia, es que ésta fue un "error".) Sin embargo, un libro tan lleno de citas y de documentos capturados a las F.N. de L., no puede ser todo malo. Se nos recuerda que las revoluciones son verdaderamente hechas y se da alguna información concreta de cómo ha sido hecha en Vietnam del Sur. Un complemento útil de la obra anterior de Burchett, "Vietnam: Narración sobre la Guerra de Guerrillas desde Adentro".

La Revolución Perdida, por Robert Shaplen. Harper, N. Y., 1965, 404 páginas.

En esta narración ligera de los acontecimientos desde 1945 adelante, están, de una parte los comunistas vietnamitas, "enemigos nativos internos" y aliados contra ellos los "nacionalistas de buena fe".

Shaplen estuvo cerca de varios oficiales norteamericanos y vietnamitas de derecha, y por esto es capaz de proporcionar información que resultaría útil sabiendo interpretarla

Librería



MAC IVER 267

FONO 30812

LIBRERIA DIFERENTE

NOVEDADES EXCLUSIVAS EN
POLITICA, ECONOMIA, SOCIO-
LOGIA, NOVELA, CUENTOS, POE-
SIA, ENSAYOS.

DISCOS DE TODOS LOS SELLOS

Consulte su crédito

MAC - IVER 267 - SANTIAGO

SEMENARIO

MARCHA

de Montevideo

Latinoamérica de viernes a
viernes a través del cuerpo
más completo de correspon-
sables y enviados especiales,
en la voz de un semanario
independiente.

Suscripciones y envíos a todo el mundo

Suscripciones en el exterior por vía marítima:

Semestral, US\$ 4,50; anual, US\$ 8.

Suscripciones en el exterior por vía aérea: Argentina, Brasil,
Chile, Paraguay y Bolivia:

Semestral, US\$ 7,50; anual, US\$ 14.

Otros países de América Latina, Estados Unidos y Canadá:

Semestral, US\$ 15; anual, US\$ 28.

Semanario **MARCHA** — Rincón 577 — Montevideo

LIBROS DE MR PRESS

MONOPOLY CAPITAL

Por Paul Baran y Paul Sweezy

Precios

US\$ 8,75 o E° 52

CAPITALISM AND UNDERDEVELOPMENT IN LATIN AMERICA

Por Andre Gunder Frank

Precios

US\$ 7,50 o E° 45

FANSHEN

Por William Hinton

Un documento histórico de la revolución en un pueblo chino.

Precios

US\$ 12,50 o E° 75

THE LABOR SPY RACKET

Por Leo Huberman

Esclarecedor estudio acerca de las actividades del espionaje industrial basado en filtraciones del Comité Senatorial La Follette, en el año 1930. Un capítulo adicional complementa el tema hasta 1958.

Precios

US\$ 5.00 o E° 30

MAU MAU FROM WITHIN

Por Donald Barnett y Karari Njama

Autobiografía de un participante en la revolución de Kenya, con el objetivo análisis hecho por un antropólogo norteamericano que vivió durante 18 meses en Kenya.

Precios

US\$ 10.00 o E° 60

Enviar orden con el pago incluido a Editorial MR, Casilla 5437, Santiago - Chile. Los libros serán enviados directamente por correo certificado.

Los suscriptores de MR, tienen un 20% de descuento.

(De la contratapa anterior)

citaciones y acogida que los lectores han brindado a esos números sirven, en buena parte, para consolarnos por estos ataques.

Sweezy está en Londres participando en un seminario sobre la "Dialéctica de la Liberación", organizado por el Instituto de Estudios Fenomenológicos. Su tema, en una de las sesiones plenarios, versó sobre "El futuro del capitalismo". Entre los otros participantes en el seminario figuran: Gregory Bateson (Inglaterra), Lucien Goldmann (Francia), Ernest Mandel (Bélgica) y de los EE. UU., Paul Goodman, John Gerassi, Jules Henry y Herbert Marcuse.

El gobierno de Cuba invitó a MONTHLY REVIEW a enviar un representante a la Primera Conferencia de la OLAS; como Leo Huberman no pudiera concurrir, se designó a André G. Frank, de quien esperamos tener pronto algunas informaciones.

Nuestro director —Clodomiro Almeyda— está también en La Habana asistiendo a la Conferencia de la OLAS como representante del Partido Socialista de Chile. Creemos que estas son buenas noticias para Monthly Review y para todos sus amigos de Latinoamérica, pues significa que en La Habana se valora en toda su importancia a esta revista socialista independiente que se publica casi simultáneamente en América Latina y en Norteamérica. Y sobre todo ahora, en que la lucha del pueblo negro norteamericano se coloca en un mismo plano con las luchas de los pueblos latinoamericanos.

En el N° 10, volumen 18 (marzo de 1967) de la edición en inglés de MR, se publicó el artículo del reverendo Albert B. Cleage, Jr.: "Race Relations in 1967". Durante algunos números no lo publicamos por falta de espacio, pero ahora, al ocurrir los alzamientos de los negros en Detroit, en donde reside el autor, nos dimos cuenta que habíamos incurrido en una grave omisión, pues el artículo hace una predicción de los actuales acontecimientos. Esperamos poder ofrecer a los lectores de MR nuevos análisis sobre los graves sucesos ocurridos en los EE. UU.

En este número los lectores encontrarán un nuevo aviso con el último libro editado por MR Press: WAR CRIMES IN VIETNAM, por Bertrand Russell. Una vez más ofrecemos a los lectores la posibilidad de encargar este libro y los otros que anunciamos de MR Press, a nuestra editorial, pudiendo efectuar el pago ya sea en moneda chilena o en dólares. Los libros les serán enviados directamente desde MR Press, en Nueva York.

LECTOR...

Si Ud. está de acuerdo con que estas Selecciones en Castellano de MONTHLY REVIEW, satisfacen una real necesidad, comprenderá que es de suma importancia lograr el máximo posible de nuevos lectores. Es por ello que para continuar con éxito nuestra tarea, nos resulta imprescindible contar con su efectivo apoyo y cooperación.

UD. ES NUESTRO SUScriptor, ENTONCES PUEDE

Sugerir a sus amigos y conocidos que se suscriban.
Hacer una contribución económica.
Renovar oportunamente su suscripción.

SI UD. NO SE HA SUSCRITO AUN:

Hágalo a partir del número cuadragésimosegundo.
Recuerde que todo lo que necesitamos es su nombre, dirección y el valor de una suscripción.

EL PRECIO ES DE:

EN CHILE

Un año (12 números)	E° 30.—
Seis meses (6 números)	15.—

EXTERIOR

Vía Simple

Anual (12 números)	US\$ 6.—
--------------------------	----------

Vía Aérea

Anual América	US\$ 10.—
Anual, Europa, Asia y Africa	US\$ 15.—

DIRIJASE A:

EDITORIAL M. R. — CASILLA 5437 — SANTIAGO